

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Revista de cosas que hay y de cosas que no hay.*—*Bibliografía.*—*Modas de París.*—*Esplicacion de los figurines.*—*Idem de la hoja doble de patrones.*—*Aparicion, poesía de D. Juan A. Gutierrez Tobar.*—*El canto de los helenos, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa.*—*Correspondencia.*—*Sinónimos castellanos, por D. Manuel Berton de los Herreros.*—*Un acento de amor, poesía por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*Amor de un día, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Copia de la relacion del terremoto del 1.º de Noviembre de 1755.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*—*Geroglífico.*—*Nuevo manual de señoritas (en la cubierta).*

LAMINAS.—*Figurines para vestidos de señoras.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Dibujo de tapicería en colores.*—*Música para piano, LOS LANCEROS.*

REVISTA

de cosas que hay y de cosas que no hay.

Hablamos de la actualidad y hablamos de Cádiz: dos circunstancias que importa tener en cuenta para apreciar la exactitud de esta revista.

La primera parte de ella será muy corta.

En efecto, entre las pocas cosas que hay enumeraremos al teatro del Balon, único hoy en ejercicio. En él acaba de ponerse en escena durante la última semana *La hermana del carretero*, drama de la cáscara amarga donde tenemos su hombre malo, y donde hay además para hacer boca un asesinato,

viniendo tras de él una peste, y un lazareto, y un veneno, y un entierro, y una mano hecha de afrecho, y un rey de Escocia á quien dan de puñaladas, y otro rey de Escocia á quien engaña todo el mundo. A esta funcion acudió poca gente por lo mismo que debiera haber acudido mucha.

Como la obra es harto conocida, y como ya en su tiempo oportuno nos hemos ocupado de ella con estension, omitimos el entrar en mas pormenores; pero repetiremos ahora lo mismo que entonces que preferimos cien veces este género, donde al menos hay interés y fuerza en el pensamiento y en la espresion, á ese otro tibio, lánguido, amanerado y narcótico que los modernos dramáticos españoles se empeñan en hacernos tragar, y que el compadrazgo de ciertos periódicos de la villa y corte ensalza todos los dias á despecho del sentido común, del que suponen privados á los públicos todos de las provincias.

Pero si aun tenemos este único teatro, á donde podemos concurrir afrontando catarros y desafiando pulmonías, el Circo vé desaparecer tabla á tabla sus antes concurridas gradas, y ya en vano buscan allí los ojos del transeunte aquel toldo á quien las goteras habían convertido en mapamundi, y desde el cual llovian sobre los espectadores las cataratas del cielo, remojando sus ilusiones en el paso mas interesante de algun drama, ó en el mejor duo de alguna zarzuela.

El Principal tambien está cerrado. Es decir, que es como si no lo hubiera. ¿Qué sucederá allí al cabo? ¿Quién será capaz de sondar las profundidades de sus futuros

destinos? Ellos son tan oscuros como el gas de su lucerna. La fatalidad y las telarañas persiguen á aquel coliseo, y toda conjetura es falible cuando se trata de él.

Ya hemos pasado en revista algunas de las cosas que no hay. Otras nos quedan.

No hay ya, por ejemplo, plaza de Mina, ó lo que es lo mismo, no hay ya en ella música ni paseo nocturno. Aun está allí el tablado sirviendo como de pylon de fuente al candelabro, al cual le convendría otro tablado encima para que acabase de taparlo todo entero. Entonces estaria como debe estar.

No hay tampoco paseo matinal ni vespertino. El termómetro no ha dado aun su permiso para el primero, y las Delicias no tienen nada de su nombre en las tardes de Noviembre á poco que soplen los vientos de mar.

De bailes aun no es tiempo; pero comienza á organizarse tal ó cual reunion que acaso dé resultados brillantes como otras veces. Para entonces se aprende, se estudia y se ensaya con un ardor cada vez mas creciente el nuevo baile de *Los Lanceros*, nombre que huele á trompeta y á cebada, pero que no obstante es adorado de la juventud. Nuestras bellas están convertidas en otras tantas Belonas, y en verdad que á un ahuecador de acero mejor le va la lanza que el abanico ó el bouquet.

Y ahora que hablamos de ahuecadores, diremos que su enormidad y su empuje van haciéndose alarmantes. Ha pocas noches que uno de ellos, que era llevado, ó mejor dicho, en que iba embutida una pollita de la última cría, derribó á un gallego en medio de la calle Ancha y le hizo pedazos la cántara del agua. El gallego comenzó á dar desaforados gritos llamando á la guardia, porque no imaginó que el roce con lo que él juzgaba un simple traje de seda pudiera ocasionar su pérdida de equilibrio; pero al cabo acudieron los municipales, y no sin trabajo lograron serenarlo, haciéndole ver que ahora era moda en las damas llevar bajo sus enaguas esteras de empleita, rollos de estopa, aros de pipas, ballenas, y hasta la culebrina del parque.

Santiguóse repetidas veces al oirlo el recién llegado hijo del Miño, y prometió desde aquel punto no ponerse mas á riesgo de nuevo percance. Desde entonces va siempre por medio de la calle, prefiriendo el que lo atropelle un coche, ó aunque sea el ómnibus de Chiclana, á sufrir la embestida de otro miriñaque.

Otra de las cosas que no hay ahora en Cádiz es plaza de toros, de lo cual se alegra bastante el Puerto.

Lástima es ciertamente que no se haya pensado en edificar una nueva, porque sin ella está una poblacion como desairada. Falta pues un sitio en que el pueblo disfrute del hermoso espectáculo que presenta un caballo pisándose sus propios intestinos, de un hombre revolcándose en su propia sangre ó llevado sin sentido á la enfermería. Faltan aquellas palabras decorosas y cultas que por una escepcion única se permiten escuchar los delicados oídos de una señorita, sin que su frente se cubra de rubor ó sus ojos se bajen al suelo. Falta en fin aquella indescriptible é inconcebible animacion que consiste en gritar desaforadamente, en empujarse, en oprimirse, en sentarse los unos sobre los piés de los otros, en tal cual botellazo dado ó recibido á cuento de nada, y que suele tocar con preferencia á las personas mas estrañas al lance, en tal cual susto de incendio, en tal cual conato de alboroto, por la fuerza no siempre reprimido, y que termina en carreras, en palos, en cabezas rotas y en zapatos perdidos, que es lo primero que pierden las mujeres en las bullas, así como es lo último la lengua. Falta en fin un espectáculo que apesté á aguardiente y á chicote. Todo esto falta. Urge pues, segun se comprende muy bien, edificar otra plaza de toros, mas incómoda en todos conceptos que la destruida, si en efecto es posible hacerla mas incómoda, lo cual dudamos mucho.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

BIBLIOGRAFÍA.

Memoria sobre la ilegitimidad del Centon Epistolario y sobre su autor verdadero, por D. Adolfo de Castro.

Este especial amigo nuestro y distinguido gaditano, acaba de dar á luz el interesante opúsculo cuyo título ponemos en cabeza del presente apunte. Su nueva producción es digna de la antigua fama de profundo erudito y de crítico sagaz que el señor de Castro ha sabido conquistarse así en España como fuera de ella.

Procúrase probar en esta memoria que el Centon Epistolario, conocido y justamente apreciado de todos cuantos en nuestra patria se han dedicado á las letras, no es obra del Bachiller Fernan-Gomez de Cídadreal, como hasta ahora se habia generalmente creído, si bien no han faltado eruditos que lo pusiesen en duda, dando ocasion á que otros no menos eminentes, entre ellos el señor Marqués de Pidal, pareciesen decidirse por la opinion que en lo comun prevalecia. El trabajo, pues, del señor de Castro, era árduo en su desempeño, no menos que importantísimo para aclarar un punto de nuestra historia literaria no suficientemente debatido hasta él.

Nosotros hallamos fuertísimas las razones que en la memoria se emiten para probar la ilegitimidad del Centon, razones sacadas de las contradicciones históricas en que incurre á veces respecto á circunstancias y hechos bien probados, y razones además de language, puesto que en el citado libro se usan tal cual vez palabras no de aquella época. Esta parte del trabajo nada deja que desear.

La otra referente al autor verdadero no puede tener la misma fuerza, puesto que faltan, como han de faltar siempre en casos semejantes, pruebas directas, habiendo de suplir por ellas conjeturas mas ó menos fundadas.

No lo son poco ciertamente las que presenta el señor de Castro; pero tampoco nos las dá por verdades probadas, puesto que este punto está naturalmente enlazado con otra cuestion, á saber, con la del objeto que hubo para escribir el Epistolario. En estas investigaciones, sin embargo, no solo se ha mostrado el autor erudito sino ingenioso.

Damos pues el parabien á nuestro amigo por su nuevo y escelente trabajo, por mas que nos haya hecho perder una ilusion querida al borrar de la historia de la literatura española

el glorioso nombre de Fernan-Gomez de Cídadreal.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Mientras que el mundo fashionable se encuentra en la vendimia ó en la caza, la moda hace elegantes preparativos para la estacion de invierno.

El otoño no es sino una estacion transitoria que solo exige un ligero albornoz, una cachemira de las Indias, y un sombrero de color oscuro.

Para el invierno es para quien la moda reserva principalmente todas sus magnificencias respecto á trages, prendidos, joyas, y adornos de flores. Para el invierno es para quien inventa vestidos de baile, arroja su soplo sobre las plumas y los marabús de Zacarías, y hace venir del norte únicas y espléndidas pieles.

Es por tanto forzoso para encontrar la moda, y sobre todo para describirla, recorrer los almacenes de mas nombradía, y buscar por todas partes el estilo, la fantasía, el capricho y el gusto.

Indicando el género de cada uno es como se puede dar esacta cuenta de las actualidades del dia y hacer una formal é inteligente eleccion; porque la moda no es siempre única y absoluta, y los mismos sombreros y los mismos trages no convienen invariablemente á las mismas figuras.

He dicho que la pequeña cachemira de las Indias llevaba la preferencia sobre las demás concepciones.

Esto se comprende.

La cachemira de las Indias, como la cachemira francesa, resbala sobre el talle y descubre los hombros con indefinible encanto durante el paseo del dia, mientras que al caer la tarde abriga muy confortablemente.

El albornoz siempre se queda albornoz.

El chal de paseo debe ser pues á un tiempo fantástico y barato.

Para esto indicó desde luego *Les Villes-*

de-France, que reciben frecuentemente surtidos, y que antes de la guerra de la India tenían amplia provision de aquellos objetos.

Digo lo mismo de las sederías, que no han experimentado aumento alguno en sus precios, presentando, no obstante, dibujos mas ricos y artísticos.

Supuesto que el albornoz tiene los honores del invierno, es indispensable el llevar un guardapiés-tontillo del establecimiento de Constant-Jourdan.

Todas las mujeres que habian resistido hasta ahora al guardapiés-tontillo van á verse obligadas á someterse á él.

Este es, por otra parte, el mas inteligente de todos los guardapiés.

El es flexible, y se ensancha mas bien en forma de abanico que en forma de campana; y su flexibilidad es tal que la mano puede reducirlo al volumen de un guardapiés comun, y que de ningun modo molesta para sentarse en un carruaje ó en un palco del teatro. Puede comprimirse tanto como se quiera.

Es una ventaja que no posee ningun otro.

Los marabús vuelven á tomar su antiguo prestigio, así como la piel de cisne. Mr. Gon, hijo, guarnece con esta piel muchos albornoces, para la salida de los bailes ó de los teatros.

Antes que el invierno llegue, es pues necesario pensar en proveerse de pieles confortables, y buscar con anticipacion manguitos, puños y bertas, sea de zorro del Canadá, sea de marta de Prusia, del Canadá ó zibelina.

Los grandes cuellos de pieles y las capas de marta zibelina conservan siempre una autocracia de príncipes.

Van á usarse para salir de los bailes unos abrigos de raso guarnecidos de pieles.

Hemos hablado ya de los albornoces de Mr. Gon, hijo. Estos son tambien de raso, guarnecidos de cisne, y con capucha forrada de la misma piel.

Se habla tambien de manguitos y de boas hechos con plumion de marabús y de avestruz.

A su tiempo os diré si esta noticia es ó no fundada.

He hablado ya otras veces de los trages sin costuras de Mme. Loviot, y no podria llamar bastante la atencion de mis lectoras sobre este invento tan útil y tan económico, cuanto es fantástico y elegante.

No se crea que estos trages están hechos de una sola pieza. No ha recibido por esto su patente Mme. Loviot. El vestido, por el contrario, está cortado con arreglo á la moda, al capricho y al cuerpo de la persona. Solo que las costuras, en vez de estar unidas por la aguja, lo están por un adorno de pasamanería, que se abotona por medio de pequeños brandeburgos. Se puede pues, por tanto, deshacer una á una todas las diferentes piezas que constituyen la espalda, el pecho, la falda y las mangas. Lo mismo sucede con los paños de la saya.

La utilidad se hace mas patente en las telas gruesas, como el terciopelo. Una vez deshecho el traje, este se conserva intacto y sin rozaduras. Además, pueden variarse en el acto las mangas y los petos, segun la clase de adorno que convenga ó se quiera llevar.

Hay pues en esto variedad y economía.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de grós blanco y violeta á cuadros con banda de terciopelo negro tambien á cuadros, y sujeta por medio con un lazo de terciopelo negro: á los lados dos cintas de lo mismo. Monillo fruncido con cinturon de terciopelo negro y cabos largos. Mangas *crevés* á lo Luis XIII: al rededor de la pegadura tres garras de terciopelo negro y cinta lila sujetan la manga: las garras dejan pasar las *crevés* de tarlatana, que componen las mangas blancas al estilo Médicis: los buches de tarlatana están sujetas de distancia en distancia por abrazaderas de cinta lila. Sombrero de paja de arroz guarnecido de tafetan verde con guirnalda de hoja y semilla verde al rededor de la copa: sobre el sombrero un velo de tul con lu-

nares, rodeado de un rizado: flores rosas y cabos verdes. Guantes paja. Sombrilla verde.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de muselina, fondo blanco y lunares azules, con faralaes compuestos de anchas bandas azul de China, separados por una cinta á cuadros blanca y azul. La enagua tiene tres grandes volantes. Monillo alto fruncido con cinturón de cinta azul. Cuello *Parisiense* de muselina bordada. Mangas de volantes: grandes buches de muselina con puños *Parisiense*. Pañolón *Haydée* de tul granadino adornado de trencilla negra formando cuadros, con dos volantes de *guipure* gótico. Sombrero de paja de Italia adornado de una corona de lazos de cinta maiz, cubierta de encaje negro: esta pequeña corona se coloca al rededor de la copa. Sombrilla de *moiré* blanco. Guantes de color natural.

ESPECIACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

Basquiña de piqué blanco con adorno de galon formando cuadros y en el centro un boton. al rededor de la Basquiña y boca-mangas se pone un fleco *Tom-pouce*.

- N. 1 Delantero.
- 2 Espalda.
- 3 Costado de id.
- 4 Manga.
- 5 Conjunto de la Basquiña.

En la pegadura de la manga al hombro se colocan tres *pattes* con el mismo fleco *Tom-pouce* y botones.

- 6 y 7 Gorro-griego: se borda de cordoncillo de oro sobre paño, hojas de terciopelo sobrepuestas, rodeadas de cordoncillo oro, y el tallo señalado con líneas mas gruesas, bordado de oro.
- 8 y 9 T. P.: al pasado.
- 10 Teresa Moreno: al pasado y feston.
- 11 Concha Moreno: id. ó id.
- 12 y 13 R. C.: al pasado.
- 14 R. C.: feston y lunares.
- 15 R. C.: al pasado.
- 16 y 17 V. M.: id.
- 18 J. M.: lunares.
- 19 F. M. T.: al pasado.
- 20 á 27 Alfabeto de letras enlazadas de la A. B. á la A. J.
- 28 L. M.: al pasado.

29 M. P.: al pasado y punto de armas.

30 M. C. enlazadas: al pasado.

31 y 32 G. T.: al pasado y feston.

33 S. D.: feston.

34 V. R. enlazadas: al pasado y punto de armas.

35 á 37 Papalina: este elegante adorno de Señora, cuya nueva forma ofrecemos á nuestras suscriptoras, se borda al pasado, ojetes y feston, ó bordado ligero: el número 36 son los cabos y el 37 la guarnicion.

38 y 39 Cuello y mangas *Parisien*: punto ligero.

40 S. B. enlazadas: al pasado.

41 Esquina de pañuelo: al pasado sencillo.

42 Escudo: al pasado.

43 á 45 Cuello mosquetero, Embutido y Guarnicion: se borda sobre *Nansouk*; las hojas punto de escala y los calados (que se indican en el dibujo con pequeñas aspas) podrán ser reemplazados con tul ó blonda.

46 Palia: puede bordarse al pasado sobre batista ó *moiré* blanco. En el primer caso habrá de colocársele debajo para que le sirva de transparencia un pedazo de tela color maiz, azul ó verde.

47 Esquina de pañuelo rico: al pasado, calados y punto de *Alençon*.

48 S. M. enlazadas: al pasado.

49 Escudo para pañuelo con las iniciales A. V.: al pasado sencillo y lunares.

50 C. C. enlazadas: al pasado.

51 Ana: al pasado.

LÁZARO ESTRUCH.

APARICION.

Angel de consolacion
que en la noche sosegada
mientras el céfiro suspira
acariciando las ramas,
y oculta su faz la luna
en las nubes apiñadas,
te muestras ante mis ojos
con tu vestidura blanca,
flotando la cabellera,
los ojos vertiendo lágrimas;
¿eres la sombra perdida
de la mujer que adoraba?
¡Ay!... Huye, ten compasion,
no me atormentes el alma

con las dulces ilusiones
que embellecieron mi infancia,
cuando inocente y dichoso
los dolores ignoraba,
que habian de acabar mi vida
con realidades amargas....
Huye, vision halagüeña,
que en el mundo todo pasa,
y á ti te llegó el momento
de hundirte en la tumba helada.
Yo, cuando lleguen las horas
del reposo y de la calma,
á los murmullos del viento
que cruza por la enramada,
á la misteriosa luz
tan melancólica y vaga
que la luna y los luceros
y las estrellas derraman,
me postraré ante la huesa
en que yaces olvidada,
orando por tí, bien mio,
al resonar de mi arpa!

JUAN A. GUTIERREZ TOBAR.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

Hija de una de las primeras familias de Rennes, Mme. de Braizieux tenia no la orgullosa ceguedad de los que desde la nada han llegado á ser ricos y que á nadie intimida, sino ese sello de dignidad nativa que se revela en todo involuntariamente. Alta, corpulenta, modelo perfecto de nobleza y decoro, parecia nacida para mandar: se me figuraba leyendo la historia que como ella debieron ser Semíramis, Catalina II y María Teresa. En efecto, habiendo quedado viuda con un gran caudal que administrar y un hijo á quien dar educacion, habia gobernado aquel pequeño reino interior cual firme y hábil soberana. Jamás mi tia incurrió en el mas leve error en sus palabras ni en sus acciones; jamás un impulso irreflexivo trajo á sus labios una palabra inconsiderada, viva ó tierna. Fiel á sus lutos de viuda no usaba mas que trages negros y cintas grises ó blancas: sus facciones tenian una regularidad algo masculina, á la manera de las medallas romanas, y sus cabellos que me parecia que siempre debian haber sido canos, ro-

deaban su rostro de bucles de plata crespos é inflexibles, que estoy segura no se hubiera atrevido á descomponer el mismo viento.

Cuando Mme. de Braizieux venia á pasar una temporada con nosotros, todos quedábamos como estupefactos. Estaba mi tia harto bien criada, era sobrado discreta para tomarse la libertad de criticar cosa alguna en casa ajena; pero la sorpresa de sus miradas era mas elocuente aun que las palabras. Apesar del sumo respeto con que trataba á su suegra, esta se sentia, como todos, subyugada por aquella influencia glacial: delante de su nuera hablaba con ménos libertad y se vestia de colores mas oscuros. Hubiera bastado á un extraño oír á aquellas dos señoras dirigirse las palabras mas sencillas para juzgar de la frialdad que reinaba entre ellas. Yo por mi parte, pronto conocí que mi tia desaprobaba mi educacion, mi independencia de carácter, mi ociosidad, mi lujo; así es que delante de ella todo desaparecia, buen humor, agudezas, joyas, encajes. Mme. Laurent, muda y turbada, no osaba regañar á nadie, y se me figuraba que el mismo *Bejá* se abstenia por respeto á ella de subirse á los sofás.

Réstame hablarte de mi primo Jorge, muchacho muy guapo, dócil, respetuoso delante de su madre, asaz turbulento fuera del salon y hábil en lanzar su cometa á las nubes, pero muy poco divertido para mí: lo que sin duda contribuyó á inspirarme prevenciones contra él, fué que creí adivinar desde muy niña que me le destinaban para marido, y la sola idea de llegar á ser nuera de mi tia me daba calofríos. Mi primo, que me llevaba algunos años, habia adquirido en sus playas bretonas la vocacion marítima, y á este objeto se dirigieron sus estudios. En fin un año vino á vernos muy ufano porque iba á embarcarse en un buque del Estado en calidad de guardia marina.

—Con que, primita, me dijo, ¿no te envanece de tener un primo guardia?

—No, le respondí secamente; no me gusta la marina.

—Por qué? exclamó sorprendido. ¿Hay cosa mas hermosa que correr mundo, salvar una tripulacion, llegar á almirante?... qué falta le pones á esta carrera?...

—¿Qué sé yo? se me figura que un marino debe volver siempre curtido de sol, muy espoluznado y oliendo á brea.

Sin contestar palabra me volvió la espalda tan visiblemente ofendido que conocí mi imprudencia, pero no tuve el tino de repararla. Pocos dias despues nos dejó para ir á embarcarse en Tolon con destino á Alejandría.

Como no estoy escribiendo mis Memorias, sino un episodio de mi vida, permítame que salte sin mas preámbulo hasta el invierno de 1837 á 1838 que ha quedado profundamente grabado en mi imaginación. Entonces tenía yo veinte años.

Aquel invierno fué de los mas brillantes. El temor de cansar á mi abuela me hacia muchas veces preferir las reuniones íntimas ó los conciertos á los grandes bailes: una vez entre otras, creí hacer un sacrificio meritorio persuadiendo á mi bondadosa acompañante perpetua que me llevase á casa de una amiga suya, la baronesa de Lacry, en lugar de ir á un gran baile, en la embajada de Inglaterra; solo que para consolarme un poco de mi abnegación, estrené un hermoso traje de crespon blanco y una preciosa guirnalda de hojas que habia dispuesto para la función británica.

La baronesa de Lacry, contemporánea de mi abuela, era mundana como ella, pero tenía mucho menos talento. Recibía todos los viernes y se tomaba un afán impropio por atraer gentes á su salón, en el que música, té, helados, conversacion, *todo*, en una palabra, era muy mediano, por lo cual los verdaderos elegantes no asistían á él mas que en cuaresma. Esto la obligaba á reclutar tertulianos en todos los países y entre todas las opiniones: allí la ex-guardia real jugaba al *whist* con los generales de Africa, y rusos y polacos se batían á *ecarté*.

Aquella noche nos sorprendió encontrarnos con un verdadero gentío. La baronesa, que estaba radiante, se llegó á nosotras muy apresurada, con la sonrisa en los labios y vestida con un traje de terciopelo color de rubí.

—Pronto, pronto! nos dijo. Voy á ver si puedo colocar á Vds. Esta noche tenemos muy buena música, y van Vds. á oír cantar al príncipe Alfeo.

Mucho trabajo nos costó en efecto descubrir dos asientos desocupados en una banqueta. Junto á mi madre se hallaba una inglesa taciturna que llevaba el compás con un abanico á la moda del siglo pasado; junto á mí dos señoritas muy elegantes hablaban de las últimas corridas de caballos y la reciente toma de Constantina.

En esto un joven penetró por medio de la muchedumbre, que se apresuraba á abrirle paso, y al punto mis vecinas olvidaron su animado diálogo para exclamar.

—¡Qué arrogante figura! me parece un camafeo antiguo! ¡qué nobleza de porte! ahora comprendo el entusiasmo de los franceses por la causa de la Grecia; ahora me explico el desvío voluntario de lord Byron.

—Solo por oír á ese gallardo cantor he renunciado esta noche á ir á la embajada, repuso su amiga. Dicen que tiene tan hermosa voz como Rubini.

Seguramente el joven extranjero merecía llamar la atención. Tenía una figura hermosísima y sumamente noble: una sonrisa llena de melancólica dulzura realzaba la altiva expresión de sus rasgados ojos negros. Cuando con una voz armoniosa y vibrante, dirigida con un gran talento de artista, hizo oír una especie de canto de guerra griego, todo aquel frívolo auditorio se sintió arrebatado de entusiasmo.

—Un salón es digno de él, decían; sería preciso oírle en la Scala de Milán con la mar en el fondo del teatro para acompañar su voz.

El príncipe sin embargo no mostraba desear ni mas aparato ni mas público, ántes cantaba con sencilla naturalidad como canta un pescador napolitano mientras está componiendo sus redes. Primero habló de los pasados tiempos de Atenas con el orgullo de Temístocles, luego de Atenas esclava con una sombría indignación: por último pareció que su voz se reanimaba recordando el reciente sacudimiento de la patria á que debió su libertad, y profetizándola nuevos destinos. Luego que hubo callado, de todos los ángulos de la sala se levantó una estrepitosa salva de aplausos, interpolados con lágrimas: algunos le pidieron que repitiese y le arrojaron coronas como á un actor. El príncipe se sonrió con amable melancolía, se acercó al piano y empezó de nuevo sencillamente, sin mostrarse engreído ni cansado.

Aquel talento excepcional, tan diferente de todo lo que se ve en los salones, la poesía inherente al nombre de la Grecia y acaso tambien la belleza del noble extranjero, me causaron una viva impresión. Largo rato hacia que su voz habia cesado de vibrar y aun resonaba en mi corazón.

—¿Ha oído Vd. nunca cosa semejante, ni aun en el teatro Italiano? preguntó á su amiga una de mis vecinas. Desgraciadamente para el público, el príncipe es demasiado gran señor para hacerse artista: pertenece á una de las mejores familias de la Grecia y descende por su madre de uno de los duques franceses de Atenas.

—Yo creo, repuso mi segunda vecina, que descende en línea recta de Apolo. Está visto que la Grecia es siempre el país de los dioses. Es rico?

—Sin duda; todos los días se le ve en el bosque de Bolonia en un precioso tilburí tirado por un soberbio caballo, y con un lacar-

yuelo vestido, creo, de albanés, que atrae todas las miradas.

—Cambemos de asiento, me dijo al oído mi abuela que se aburría de no tener con quien hablar. Ese abanico (el de la inglesa su vecina) me va á resfriar; se me figura que me echa á la cara todas las nieblas del Támesis.

Con esto nos acercamos al piano donde quedaban algunos asientos abandonados, porque los que habían acudido á oír el canto de los Helenos ya se habían ido á otros puntos de la sala. La baronesa de Larcy se acercó á nosotras pidiendo elogios para su concierto, como las cantoras de las calles piden cuartos.

—Querida Albina, me dijo: Vd. tan aficionada á la música debe Vd. estar encantada.

—Seguramente, respondí. Jamás he oído cosa que me haya gustado tanto. Comprendería que ese canto sublevase á un pueblo.

Apenas hube pronunciado estas palabras algo inconsideradas, cuando volviendo la vista al redor, toda confusa, me encontré precisamente con los ojos del príncipe, y aquella misma sonrisa dulce y melancólica que ya me había llamado la atención, me hizo conocer que me había oído; hasta creí adivinar que preguntaba mi nombre: luego, toda sonrojada y mirando á otro lado, le oí esclamar:

—¡Hermosa como Véleda!

Entonces no había yo leído todavía los *Mártires* (1), y sin embargo aquellas palabras sonaron dulcemente en mis oídos: las mujeres adivinan los cumplimientos aunque no los comprendan.

Aquella noche dormí muy poco; el canto de los Helenos me persiguió durante mis breves sueños: á la mañana siguiente me levanté con la esperanza de volver pronto á oírle. Durante muchos días solo fastidio encontré en las sociedades; jamás aquella uniformidad de lujo y de placeres me había parecido tan poco digna de atención.

El domingo siguiente, al salir de misa con mi tia, me estremecí involuntariamente al ver al príncipe reclinado en una columna de la iglesia, grave, siempre vestido de negro, iluminado el rostro por los vivos reflejos de las vidrieras de colores. Con gran sorpresa mía me saludó profundamente, saludo que le devolví poniéndome muy encendida y afectando atender solo á mi abuela.

Por espacio de cerca de un mes aquellos encuentros imprevistos se renovaron tan á menudo, que no tardé en abrigar una vaga sos-

pecha de que el príncipe procuraba provocarlos: sus miradas fijas en mí con marcada atención podían hacérmelo suponer sin sobra de vanidad. Frecuentábamos las mismas sociedades, le veía en los bailes, en el teatro, en los paseos, en la iglesia, siempre vestido de luto; ni bailaba ni jugaba; hablaba poco y rara vez de vulgaridades, pero todos le sacaban la conversacion de los asuntos de Grecia, y entonces sus sentimientos patrióticos le comunicaban una elocuencia verdaderamente singular. Mi único disgusto era que siempre se negaba á cantar.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. M. B.: *Tarragona*.—Todos los dibujos &c. que han salido hasta el presente, se han remitido á V.; pero mediante á lo que se sirve manifestar en su comunicacion del 16 de Octubre, puede decir terminantemente á esta Administracion, cuales son los que le han faltado y se verá si los hay para duplicárselos.

D. J. F.: *Barcelona*.—El número correspondiente al primer domingo de Setiembre que V. reclama en su carta del 21 de Octubre, se ha vuelto á mandar por el correo del 25, pudiendo estar persuadido de que la falta no procede de aquí, y que no se deja de mandar ningún número, al menos de que no esté renovada perentoriamente la suscripcion.

D.^a M. de las A. G.: *Villaluenga del Rosario*.—En vista de su reclamacion, fecha 21 de Octubre, se le ha duplicado por el correo del 27 el cuaderno del pasado mes con los dibujos, figurines &c. que dice le ha faltado, y que indudablemente se habrá extraviado.

D. G. B.: *Tortosa*.—Con su favorecida 21 del pasado, hemos recibido los sellos de franqueo que se sirve remitir para renovar suscripcion por los meses de Noviembre y Diciembre.

D. F. A. y C.: *Sevilla*.—Conforme con su aviso de 26 del próximo pasado, queda anotada otra nueva suscripcion por 3 meses, 1.^o Octubre y su importe cargado en cuenta. Los números atrasados se le remitieron por el correo del 28. El segundo párrafo de su carta, es de conformidad.

D. J. R. F.: *Aguilas*.—Cuando se recibió su apreciable de 17 de Octubre último, se estaba haciendo ya la tirada de la hoja de patrones que acompaña á este número, pero en la del mes próximo trataremos de complacer á V.

D.^a C. B.: *Sevilla*.—D. J. M. me ha trasmitido la que V. se ha servido dirigirle, manifestándole sus deseos de que se pongan iniciales enlazadas en el próximo patrón, y que demos un dibujo en tapicería para arandela, debiendo decirle respecto á lo primero, que desde hoy empezamos á publicar un alfabeto completo como V. indica, y á su tiempo saldrán las letras que solicita: en cuanto á lo segundo, aunque de poco uso, veremos si en París lo facilitan.

(1) Poema en prosa de Chateaubriand, cuya heroína es la bella sacerdotisa gala llamada Véleda.

SINONIMOS CASTELLANOS.

ASPIRAR, OPTAR.

El que *opta*, indudablemente *aspira*, pero se *aspira* muchas veces á una cosa sin *opción*, ó sea, sin derecho á ella. Por otra parte, la significacion de *aspirar* es más lata que la de *optar*. Se *aspira* á todo lo que ofrece ventajas en cualquier línea; se *opta* únicamente á un empleo, cargo, privilegio ó premio determinados. Hay en las oficinas públicas *aspirantes*, que por reglamento pueden obtener en su día un empleo efectivo, pero se les da este nombre como el de *meritorios*, porque el participio activo de *optar* (*optante*) está ya en desuso.

La otra acepcion de *optar*; esto es, la de *elegir* entre dos ó más cosas ó personas, no es de este lugar.

ATESTIGUAR, TESTIFICAR.

Aunque, á causa de su muy semejante etimología, se usan muchas veces como sinónimos estos vocablos, parécenos el primero más propio de las aseveraciones verbales, y de las escritas el segundo; limitado éste al lenguaje forense, ó cuando más, al oficial, y extendiéndose aquel al de la generalidad.

De una persona que afirma, en juicio ó fuera de él, la certeza de lo que él mismo ha presenciado, ó la asegura con papeles y *testigos*, no se dirá, hablando con exactitud, que *testifica*, sino que *atestigua*; de un escribano público, ó de otra persona competente que requerida para ello, ó por prevenirlo así de antemano las leyes, da fe de un hecho, aduciendo para certificarlo *testigos* ó documentos, no se dirá con propiedad que *atestigua*, sino que *testifica*. *Atestiguando* se intenta la prueba de una verdad; *testificando* se hace notoria y auténtica.

ATENCION, CORTESÍA, CORTESANÍA, URBANIDAD.

La *atencion* es un acto de *cortesía* en que va envuelto algo de respeto á la persona á quien se dirige, ó en que, por lo ménos, se da á entender que se la reconoce como digna de consideracion en uno ú otro concepto, en menor ó mayor grado; lo cual no prueba que se la tiene en mayor aprecio que á otra con quien usamos de *cortesía*, de *cortesanía* ó de *urbanidad*, sino tal vez todo lo contrario.

En estas fórmulas de buena crianza, aquella es generalmente ménos sincera que más miramientos y consideraciones afecta. «Fulano ha tenido la *atencion* de contestarme, de

recibirme, de convidarme á su tertulia," no dice de ordinario otra cosa sino que lo ha hecho por el bien parecer, con miras interesadas, ó tal vez con designio de humillarme. En cartas muy frias, y aún poco amistosas, no se omiten las frases de cartilla "he recibido la *atenta* de usted;—soy de usted *atento* servidor," &c., cuando no es un cualquiera el que las recibe, ó cuando de él se espera ó teme algo todavía.

Cortesía es la voz que más propia y sencillamente explica esa recíproca bienquerencia, ese buen modo que nos prescribe, para conveniencia de todos, el trato social. Es cualidad, por tanto, que á todas las gerarquías y condiciones comprende, y sobre la cual acaso más de cuatro individuos entre los llamados de *buen tono* pudieran recibir lecciones de rústicos labriegos y modestos cortesanos.

La *cortesanía* y la *urbanidad* se circunscriben á las personas de esfera no tan humilde y de más esmerada educacion. No las tenemos, sin embargo, por voces sinónimas. Parécenos más espontánea y ménos interesada la *urbanidad* que la *cortesanía*, si bien no tan expansiva y afectuosa en sus formas. Hay siempre en la *cortesanía* cierto refinamiento de cultura, un empeño demasiado visible de captarse la benevolencia de otro, cierta pretension de disputar á los demás la palma de la amabilidad y la galantería; al paso que la *urbanidad* se practica buena y naturalmente, sin estudiados cumplimientos y cómicas exterioridades. La *urbanidad* nos agrada, nos atrae porque nunca sale de ciertos límites; la *cortesanía* puede halagar á personas vanidosas, inexpertas ó superficiales, pero fácilmente incomoda y fastidia á las sensatas.

ATRACTIVO, ALICIENTE.

El *aliciente* nos llama, nos convida, nos incita, pero podemos resistirle; no así al *atractivo*, que, como su obvia etimología lo denota, nos *atrae*, mal que nos pese, nos arrastra, nos subyuga.

Los manjares más exquisitos, el servicio suntuoso, la compañía de personas del más fino trato y el humor más festivo, son *alicientes* que en vano conspiran para dar estímulo al paladar de un Creso hastiado, melancólico, inapetente. El lujo de decoraciones, el aparato escénico, la numerosa comparsa, y hasta la perfeccion artística con que un drama se representa, son sin duda *alicientes* de la funcion, pero no cautivan al espectador inteligente que, á través de tanto fausto y de tal esmero, advierte desde la primera escena el esca-

so interés de la fábula y el limitado ingenio del poeta.

Pero las gracias de una hermosa, llamadas no sin razon *atractivos* por antonomasia, hechizan, encantan, se llevan tras de sí las almas, aún de los que no se proponen, ni pueden ni osarian ponerlas á los piés de tan privilegiada criatura.

Ni aún de la belleza viva hemos menester para que nos *atraiga* y embelese; basta que exista, siquiera sea sólo esculpida ó pintada. Y sabido es que la belleza en las artes no se ciñe á lo que vulgarmente se llama hermoso; esto es, á lo que halaga con más ó ménos concupiscencia los sentidos. El buril ó los pinceles de un artista inspirado *embellecen*, hacen que tengan *atractivo* el dolor, la ira, la miseria, la agonía, la misma *fealdad*.

Para la virtud, cuando tal nombre merece, para la verdadera gloria, no hay *alicientes*, que siempre tienen algo de interesado, de accesorio, de pequeño, digámoslo así, sino *atractivos*; y aunque á estos no dañen, ántes sirvan de realce los *alicientes*, no está en ellos, sino en la propia esencia del objeto, la magia de la atraccion.

ÁUN, HASTA, TAMBIEN.

Sabido es que el adverbio *áun* tiene dos acepciones, la que equivale á *todavía* y la que le asemeja á *tambien*: otras dos funciones ejerce la palabra *hasta*, á saber, cuando obra como preposicion, v. g., en las locuciones, *hasta mañana*, *hasta morir*, *hasta Toledo*, *hasta cien duros*, y cuando, en calidad de adverbio, tiene, como *áun*, analogía con *tambien*. Comparados uno con otro, en este concepto, los tres vocablos, advertimos que en algunos casos pueden pasar como perfectos sinónimos. En son de queja, con igual energía la significará un padre exclamando: *Aun* mis hijos, ó *hasta* mis hijos, ó *tambien* mis hijos me abandonan! Mas cuando la pasion no habla, aunque estos adverbios conserven la idea de extrañeza, ó singularidad ó sorpresa, comun á los tres, y objeto del presente artículo, el uso gradúa su fuerza, dándola mayor á *áun* que á *tambien* y reservando para *hasta* el concepto superlativo.

Tratándose de un sujeto, de quien se ignoraba ó no se presumia que fuese versificador, pero á quien no se niega capacidad para ello, bastará anunciar la novedad de que lo es, diciendo: "*Tambien* fulano hace versos." Si el sujeto, aunque no le falte natural talento, carece de la necesaria instruccion, ya nos admiramos la noticia y lo expresamos con decir: "*Aun* fulano hace versos." Por último si se nos cuenta que los compone (y, ¡así serán ellos!)

un chicuelo, un palurdo ó un necio, sube de punto nuestro asombro, y exclamamos: "*Hasta* ese arrapiezo, ó ese bárbaro, ó ese títere hace versos!"

Tambien indica una simple enunciacion, aunque inesperada; *áun* da cierto encarecimiento, cierto énfasis á la especie; *hasta*, conservando como adverbio la índole *limitativa* que tiene como preposicion, marca el *non plus ultra* de lo extraño, de lo inverosímil, de lo inaudito. Sin embargo, por razon quizá de eufonia, cuando se reprende ó se increpa á las personas por acciones que de ellas no se esperaban ni merecian, la voz *tambien* es la preferida entre las tres. El *tu quoque* de César á Bruto no admite en castellano otra version que la de "*¡Tú tambien*, hijo mio!"

AVARICIA, CODICIA.

Suelen emplearse como sinónimas estas voces, pero no siempre con acierto. Pocos *avaros* dejan de ser *codiciosos*; pero hay muchos *codiciosos* que, lejos de ser *avaros* son gastadores hasta rayar en pródigos.

No tanto consiste la *avaricia* en el afán de adquirir como en el ansia de atesorar. Ama el oro un avariento por el placer que experimenta en verlo y contarle; es lo único que cautiva su corazon y sus sentidos; es su gloria, su dama, su familia. Si por conservarlo se impone todo género de privaciones, se consuela de ellas con la certidumbre de que son voluntarias. Come mal, se viste peor, carece aún de las pequeñas comodidades que están al alcance de un pobre jornalero; mas le acontece no ser tan temeroso de la muerte como los demás mortales: envidiable confianza que humanamente le haría feliz, si cupiera humana felicidad en semejante modo de arrastrar la vida. "*Yo habitaria palacios de mármol si quisiera, y los mas exquisitos manjares regalarían mi mesa, y ostentaría el fausto de un califa, y nadaría en placeres....*" ¡Miserable! ¿De qué le sirve tan necia seguridad; de qué la *futura* delectacion en los goces que tal vez se reserva para un dia por él mismo indefinidamente aplazado, ó que el dedo de la Providencia borra cuando él ménos lo espera, de su triste calendario? Dos enemigos perennes se conjuran contra su soñada felicidad: el torcedor del miedo, y la lima roedora de la soledad. No se goza con satisfacciones que el mundo ignora, y mucha parte de él ni comprende siquiera; no es un bien, sino una incesante tortura, aquel de que á cada hora tememos vernos despojados. Y es doblemente congojosa la existencia del *avaro* cuando, atosí-

sube de
s: «Has-
títere ha-

enciacion,
encareci-
sta, con-
imitativa
non plus
il, de lo
zá de eu-
á las per-
speraban
erida en-
á Bruto
n que la

estas vo-
os *avaros*
chos co-
gastado-

afan de
r. Ama
e experi-

que cau-

gloria, su

o se im-

consuela

on volun-

rece áun

tán al al-

acontece

como los

a que hu-

humana

castrar la

ármol si

res rega-

to de un

Miserable!

; de qué

de tal vez

indefini-

la Provi-

era, de su

en nes se

el torce-

la sole-

s que el

ni com-

gado tambien por la *codicia*, nunca cree tener bastante.

La *codicia* es tambien por sí misma un no leve tormento, y tentada no poco al fraude, á la mala fe, al delito; pero no estando, como la *avaricia*, reñida con la limpieza, con el decoro, con ningun linaje de goces y apetitos, no es al ménos tan infausta y estéril para el que está poseido de ella, ni tan perjudicial y odiosa á la sociedad.

Los adjetivos *avaro* y *codicioso* se usan metafóricamente en sentido no desfavorable, y áun plausible. Se llama, por ejemplo, *avaro* de promesas al que no las prodiga, por lo mismo que sabe cumplirlas; *avaro* de palabras al inofensivamente taciturno, al de no fácil explicacion y al que, por cauto y prudente, calla más que habla; *avaro* de la sangre de sus pueblos al príncipe virtuoso y pacífico: se llama *codicioso* de fama, de gloria, de laureles al que animado de generosos sentimientos y dotado de cualidades no comunes, aspira á distinguirse entre sus conciudadanos; mas no se dice *avaricia* de promesas, ni de palabras, ni de sangre; *codicia* de lauros, ni de timbres, ni de renombre: *de la mujer del prójimo*, sí; pecado con que ni lisonjea sus sentidos ni grava su conciencia el *avaro*.

AVERIGUAR, INDAGAR, INQUIRIR, INVESTIGAR.

Con los cuatro verbos se manifesta el propósito de saber lo que se ignoraba de todo punto, ó no se sabia bien; pero hay entre ellos la diferencia de que se *indaga* haciendo prudentes observaciones y diligencias confidenciales; se *inquire* por medio de preguntas directas y cargos formales; se *averigua* confrontando indicios y reuniendo pruebas. El que *indaga*, rastrea un hecho; el que *inquire*, muestra quererlo saber á toda costa, y el que *averigua* se cerciora de él. Cuando no basta *indagar*, se *inquire*; cuando se *inquire* con fruto, se *averigua*. Por eso dice el refran: «Para *averiguar* verdades, el tiempo el mejor testigo;» y no para *inquirir* ó para *indagar*: por eso de una verdad reconocida, decimos: «es cosa *averiguada*,» y no *indagada* ó *inquirida*.

Cuando, en términos generales, mandamos ó rogamos á alguno que haga por resolver nuestra duda, ilustrar nuestra ignorancia, ó aclarar nuestras sospechas, podemos decirle indiferentemente que *indague*, que *investigue*, que *inquiera*, ó que *averigüe* lo que nos conviene; pero usaremos de uno de dichos verbos con preferencia á los restantes, segun sea mayor ó menor la urgencia ó importancia del caso, ó segun lo que en su aclaracion tengamos ya adelantado. Una persona, por ejemplo, á

quien han robado cierta alhaja, acude á un comisario de policía, y al denunciarle el hurto, añade que sin duda ha sido doméstico, aunque ha *indagado* sin fruto quién habrá sido el autor: á su ruego, *inquire* el comisario, esto es, interroga, redarguye, registra, carea; y por último *averigua* que el ayuda de cámara ha sido el ladrón.

Respecto de *investigar*, su sinonimia con *indagar* parece completa, si se atiende á la etimología latina de ambos verbos. Compónese el primero de la preposicion *in* y el sustantivo *vestigium* (rastro, huella, etc.) y el segundo del adverbio *inde* (de ahí, de allí) y el verbo *agere* (obrar, *seguir*, *perseguir*, etc.) viniendo á significar los dos una misma cosa; esto es, adquirir nuevos datos sobre los que ya se tienen, proceder de lo conocido á lo desconocido, seguir la huella, la pista, de una persona ó de un animal, y por extension, de un negocio cualquiera. A mi juicio, no obstante, (y el uso lo acredita) obra el que *investiga* con más actividad é insistencia que el que *indaga*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

UN ACENTO DE AMOR.

A LA SEÑORA DOÑA VICTORINA B. Y MAZZINI DE DOMINGUEZ, EN CONTESTACION Á LA PRECIOSA POESÍA CON QUE ME FAVORECIÓ EN EL NÚMERO DE LA MODA CORRESPONDIENTE AL 6 DE SETIEMBRE DE 1857.

Sensitiva de cáliz delicado;
De las flores, nevada mariposa;
Ave tierna, de canto enamorado;
De mis ensueños, ilusion hermosa.

Perdona que en estraños horizontes
No te haya conocido, Victorina;
Nuestros cielos separan altos montes,
Y el corazon la dicha no adivina.

Miseras golondrinas de este suelo
Nuestros cantos errantes van perdidos;
¡Ay! por qué nos ha dado el rey del cielo
En tierras tan lejanas nuestros nidos!

Tórtolas ambas de diversos climas
No recrean tus ojos mis estrellas,
Y del mar bramador las hondas simas
Tragan sin que las oigas mis querellas.

Ora que tu bendito canto ha roto
De tu existencia juvenil el velo,
A Dios dirijo mi ferviente voto
Para que á entrambas nos cobije un cielo.

Oye, en tanto que llega esa ventura,
Y guarda con amor en tu memoria
La narracion de mi existencia oscura
Y de mi vida, la sencilla historia.

Rezar, amar, cantar: (1) aquí se encierra
Lo que hice yo cruzando mi camino
Desque en un valle de mi hermosa tierra (2)
Mis ojos á la luz abrió el destino.

Cantar en la pradera entre las flores,
Mirar la faz de la modesta luna,
Eseuchar á los pardos ruiseñores,
Y á la virgen rezar desde mi cuna:

Besar á mis hermanos pequeñuelos
Que al verme sonreían vagamente:
De las aves formar á los polluelos
Nidos de flores en la siesta ardiente;

Esta mi infancia fué: cuando luciendo
Ví mi décima-sesta primavera,
La madre de Jesus vió sonriendo
Aun en mi corazon la paz primera.

Mas mi pupila azul se entristecía:
Perdian mis megillas sus colores,
Voraz afan mi vida consumía
Sin saber nombre dar á mis dolores.

Y una noche soñando, ví bajaba
La bella y dulce Emperatriz del cielo,
Que dándome una lira murmuraba,
"Canta, hija mia, y cesará tu anhelo."

"Canta, sí, á la virtud, jóven María,
"No á las pasiones de la raza humana;
"Que yo á tus cantos prestaré armonía,
"Y mantendré tu inspiracion lozana."

De entonces, Victorina, yo he cantado
Débil y triste, sí, mas con reposo:
Soñaba en el amor apasionado,
Y oyendo mi cantar me amó mi esposo.

Al verle, descifré la sed ardiente
Que mi pecho inocente torturaba,
Y cuando suya fuí, leyó en mi frente
Que antes de conocerle ya le amaba.

Hoy cual tú, esposa soy; y aunque he dejado
La floresta feliz donde he nacido,
De rezar y cantar nunca he cesado:
Amar aun es mejor, y al cielo pido,

Que cual palmeras que en lejano suelo
De amor estrechan los eternos lazos,
Confunda nuestras almas con anhelo
Hasta que logre verte entre mis brazos.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

- (1) Lamartine.
(2) Zaragoza.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO SESTO.

Una mujer y una explicacion de la autora.—Las estatuas del sepulcro.—El pájaro huérfano.—Madre y escritora.—La adolescencia.—Los amores de Rosa.—Música y recuerdos.—Fin de la historia.

I.

Si hay alguna entre vosotras, lectoras mías, que no le agrade el que me haya valido de tipos vivientes para presentar las reglas de la educacion y los ejemplos de la virtud, yo la ruego que me perdone: he creído que seria mas agradable este método, y que los seres de que hablo interesarian mas que las lecciones áridas y monótonas de que pudiera haber llenado muchos pliegos de papel; pero que siempre hubieran sido de escasa importancia, atendidas la edad é inesperienza de la que escribe.

Tengo la persuasion firme de que en tanto cruce mi pie la senda florida de la juventud, solo podré satisfacer mi deseo de enseñar la virtud practicándola yo misma, ó describiendo cuantos ejemplos han servido para inspirármela: un pedagogo con faldas ha sido siempre ridículo, y si el femenino preceptor está dotado como yo de rubios cabellos, azulados ojos, boca risueña, fisonomía apacible y débil constitucion, su moral, exigida severamente, no será ni aun escuchada, ni harán otra cosa sus pretensiones que inspirar una irónica lástima.

Si yo predicase la moral rijida y descarnada, y una madre curiosa quisiera conocerme, al mirar en mis ojos la misma suave ingenuidad que en los de su hija, pareceria, digo, que mis lecciones las habia escrito una persona grave y las firmaba yo.

Recuerdo que, cuando hace cuatro años escribí y dí á luz mi novela Rosa, mi primer ensayo en este género de literatura, y que ahora va á imprimirse por tercera vez, recuerdo que nadie quiso creer que fuese obra mia, no obstante ser tan sencilla como una rosa de invierno. Yo ví á Rosa en mi ciudad natal en las manos del pobre artesano, en el tocador de la elegante dama, en el pupitre del respe-

table padre de familia, en la cocina del campesino y en la humilde habitacion del virtuoso eclesiástico; pero todas estas gentes, si por casualidad se alzaba entre ellas alguna voz que al verme pasar decia: *Esa es la autora de Rosa*; mecian la cabeza con incredulidad murmurando: *Esa niña no puede haber escrito este libro: será obra de su padre.*

Como se vé, debo agradecer á tener un padre dotado de talento, el que no fuesen mas allá las suposiciones achacando mi obra á otra persona, aunque á decir verdad, la figura inocente y juvenil de la autora, alejaba todo pensamiento injurioso y atrevido acerca de ella.

¿Y sabeis, lectoras mias, cómo escribí yo á Rosa? Oidlo.

Acostábame á las diez y tenia que hacerme la dormida hasta las doce, hora en que la casa quedaba y todos sus habitantes entregados al sueño: sucedíame á veces que me dormia yo tambien, y en vez de despertarme á media noche, salia del sueño á las tres ó las cuatro de la mañana; pero fuera cualquiera la hora en que me despertaba, me sentaba, escuchaba con inquietud, y luego me deslizaba del lecho, me envolvía en una bata, pasaba á otra habitacion, encendia luz y me ponía á escribir en pedazos de papel de todas clases, tamaños y colores, porque yo carecia ¡hasta de papel!

Allí, delante de mi manuscrito, olvidaba el frio helador de las madrugadas de Enero; pero era tan medrosa!... Cada silla se me figuraba una sombra y cada puerta un gigante: entonces rezaba una *salve* y pedia á la Virgen un valor, que casi siempre me concedia.

Algunas veces se acababa el aceite de la luz que me alumbraba, y se apagaba sin que yo, embebecida en mi trabajo, echase de ver su agonía, hasta que moria enteramente.

Ay, Dios mío! todavía tiemblo al recordar lo que entonces pasaba por mí! Mas de una vez me sucedió que al ir á buscar la puerta de salida, puse mi helada mano en el gato dormido sobre una silla, y la angustia contuvo felizmente en mis labios el grito de horror que iba á lanzar: mas de una vez al inclinarse por su propio peso hacía adelante una de las largas y espesas trenzas de mis cabellos, creí que una mano se posaba sobre mi cabeza, y mi corazon yerto detuvo sus latidos.

Una noche, cuando mas preocupada estaba yo describiendo la agonía de Rosa, me pareció sentir ruido: era tal mi enternecimiento que lloraba copiosamente sobre lo mismo que escribia, y en el exceso de la pena que me inspiraba la suerte de aquella niña, creacion mia, olvidé pronto aquel rumor, que, en otra oca-

sion, me hubiera amedrentado: pero ¡oh Dios de piedad! ¡Cual fué mi espanto al ver reflejar una luz á lo lejos! el miedo me dió fuerzas, y apagando de un soplo mi pobre lámpara, corrí á refugiarme al balcon.

Un instante despues ví entrar á la directora: (me olvidé de deciros que yo estaba entonces en un colegio). Acercóse á la mesa, pero no llevaba anteojos y creyó que aquellos papeles eran cuentas de la casa, y los dejó donde estaban. Luego se acercó al balcon y lo cerró con fuerza, sin verme á lo que creo.

Aquella noche llovía agua helada y yo no tenia mas abrigo que mi bata: mis piés, frios siempre, aun estando junto á la lumbre, estaban resguardados solo por unas babuchas de taflete; y aunque mi cabeza, abrasada por el insomnio y abrumada por el peso de mi cabello, sintió un placer indecible con el frio de la noche, bien pronto mis miembros quedaron yertos y paralizados.

Yo recé, sin embargo, á la madre de Dios, porque me habia salvado y habia salvado mis papeles del ojo avizor de la directora, y luego me quedé adormecida..... al amanecer, cuando la criada, encargada de hacer la limpieza abrió el balcon para barrer el aposento, me halló inmóvil, fria, entregada á un sueño, que segun todas las apariencias, debia ser eterno.

Aquella noche de martirio me conquistó el perdon de haber escrito una novela; pero me dejó terribles señales, una de las cuales, en mi concepto, es el profundo dolor al pecho, que me aqueja con frecuencia, y que estoy sintiendo al escribir estas líneas.

Rosa fué terminada en las horas de recreo con alguna mayor tranquilidad; pero en lugar de encontrar á su aparicion la recompensa de mis fatigas, solo alcancé por premio la incredulidad general de que fuese produccion de mi pluma.

Esta ha sido la razon, lectoras mias, de proponerme yo afirmar con el ejemplo lo que anhelo enseñar en mis escritos, y de que estos sean cuantas veces me sea posible la relacion fiel y verídica de hechos positivos: mis lecciones no pueden ser mias, porque carecen de la autorizacion que pudiera imprimirles la edad respetable ó el carácter grave de quien las da, y prefiero que sean dulces, persuasivas, y que tengan el mayor carácter posible de verdad.

Por eso os estoy refiriendo la historia, triste si, pero ejemplar y tierna de Magdalena y de sus hijas: voy á finalizarla en este artículo; pero, apoyada ya en tan saludables verdades, no temeré daros despues algunos consejos y emitir ideas que me son propias, aunque siempre

contando con la amable indulgencia, que es el distintivo mas hermoso de la mujer, y que me complazco en creer reside en vosotras.

II.

Dos meses despues de la muerte del Sr. G... tres personas enlutadas se veian junto á su tumba arrodilladas y contemplando un grupo de piedra, formado por dos estatuas del tamaño natural que coronaban la losa funeraria.

Aquellas tres personas eran Magdalena y sus dos hijas: las estatuas que se veian sobre la tumba, las imágenes de las dos niñas.

El escultor las habia colocado arrodilladas, con las manos unidas y en actitud de ruego: jamás las facciones de un ser viviente han sido tan divinamente reproducidas por el cincel, como lo estaban las hijas de Magdalena: jamás se ha visto un símbolo mas perfecto del cariño filial.

Despues de un rato de oracion fervorosa, durante el cual corrieron abundantes lágrimas por las megillas de Magdalena, se levantó esta y las dos niñas la imitaron.

—Hijas mias, dijo la madre, dirigiéndose á las dos huérfanas, aunque estaba segura de que Rosa no podia comprenderla: hijas mias, yo he gastado cuanto poseiamos en comprar ese sepulcro para vuestro padre, y ahora necesitamos trabajar para comer.

Angela se arrojó al cuello de su madre, y por las megillas de Rosa se deslizaron dos gruesas lágrimas con asombro de Magdalena, que la miraba fijamente.

—Ay, Dios mio! exclamó la niña: ¡cuánto siento ahora, mamá, el haber sido tan mala y desaplicada! No sé hacer mas que dobladillos y leer, y no puedo trabajar como Angela!

Una viva, pero dulcísima admiracion, se pintó en las facciones entristecidas de Magdalena; por mas que su esperanza materna hubiera entrevisto un cambio feliz en el carácter de Rosa, nunca habia esperado que fuese tan completo y repentino: abrazóla tiernamente, y tomando á las dos de la mano, volvió á su casa.

Habitaba la misma en que su esposo habia exhalado el último suspiro: el alma enérgica y tierna de la señora de G... no podia comprender como hay seres que pueden huir de los sitios postreros que han habitado las criaturas que les han sido queridas; y el odioso egoismo, que tal proceder encierra, era para ella repugnante y despreciable.

—¿Acaso, decia ella á su madre en un dia en que la exhortaba á que cambiase de habitación, acaso, madre mia, podré yo borrar jamás de mi alma la imagen de mi esposo, del

padre de mis hijas? ¿Acaso podré olvidar que á él he debido la parte mas dulce de felicidad que me ha sido concedida en la tierra? Nunca! Esta casa me trae á cada instante los recuerdos de mi felicidad perdida, y tanto menos infeliz seré cuanto mas vivos y profundos sean estos recuerdos.

La casa, empero, sufrió alguna variacion: la habitacion del Sr. G... fué cerrada por Magdalena; mas todo permaneció en idéntico estado: quedó el lecho intacto, el sillón en que el enfermo se sentaba ocupaba el mismo lugar, así como la biblioteca, el velador, la sillera y los cortinajes: en el reclinatorio coronado por un gran crucifijo, los libros de oraciones; y delante de él, el almohadon de seda en que se arrodillaba, cuando la enajenacion de su cerebro le dejaba algun momento lúcido y sereno: el gran retrato al óleo del Sr. G... que se elevaba sobre un divan colocado al frente de la puerta, siguió presidiendo, severo y apacible á un tiempo, la estancia mortuoria, y solo fueron sacadas de allí la pajarera poblada de canarios y colorines; y las flores, que crecian en limpias y frescas macetas; pero las flores y los pájaros fueron colocados en la estancia de Magdalena, que sentia un intenso y melancólico consuelo al escuchar los cantos, que tantas veces habian alegrado el oído de su esposo, y al sentir los perfumes, que él aspiraba con tanto placer.

El choque violento que Magdalena hizo sufrir á Rosa obligándola á presenciar la agonía de su padre, cambió enteramente la índole de la niña: su precoz y viva inteligencia y la vivacidad de su carácter, la hicieron recibir de lleno aquella ruda prueba, escitando en ella todas las fibras sensibles, que yacian embotadas por su genio fogoso, indómito, rebelde y egoista.

El cambio fué tan radical como provechoso: su robustez, unida á la gran actividad que la prestaba la vivacidad de su imaginacion, la hacian mas útil que á su hermana para toda clase de trabajo: no bien la señora de G... arregló de nuevo el orden de su casa, desplegó la niña un deseo tan grande de trabajar y tanta aptitud para todas las tareas, que su madre no dudó en encargarla multitud de cuidados domésticos, para los cuales estaba Angela imposibilitada por su delicada salud.

La Sra. de G... y su hija mayor se dedicaron con asiduidad al bordado, único recurso que hay en provincia. Rosa exigió á su madre que la enseñase tambien, y en breve pudo desempeñar la parte mas fácil de la obra, con un tino y limpieza, que tenian absortas á su madre y hermana.

No obstante, para no violentar su natural vivacidad, la hacia dejar la labor á cierta hora de la tarde, y la exhortaba á que fuese á jugar; pero entonces la niña tomaba un libro y volviendo á su asiento leía en voz alta y argentina para distraer á su madre y á su hermana hasta muy cerca del anochecer.

Entonces Magdalena dejaba la labor, tomaba á sus hijas, y se dirigia con ellas á la habitacion de su esposo: allí, arrodilladas á la puerta de la alcoba, rezaban durante una hora fervorosamente por aquel que tanto las habia amado en la tierra, y le pedian les alcanzase de Dios la gracia de no apartarse nunca del camino de la virtud y de reunírsele en el cielo cuando el sueño eterno cerrase sus ojos para siempre.

Desde aquella estancia, que era para la Señora de G.... y sus hijas un templo, Angela y su madre pasaban al comedor para tomar un ligero refrigerio, segun se acostumbra en provincia, donde se come lo mas tarde á las dos. Rosa bajaba al jardin á dar de cenar, como ella decia, á la pobre y pequeña golondrina, á quien su arrebató habia dejado huérfana.

La niña habia cobrado á la pobre avecilla un estremado y tiernísimo cariño: ella la cuidaba y alimentaba, y ni un solo dia dejaba de derramar lágrimas al acordarse de la muerte de su madre y sus hermanos, pues á este recuerdo iba unido el de la agonía y el del último beso de su padre.

Cuando al invierno próximo la pobre avecilla abandonó el jardin para trasladarse al cálido clima del Africa, una tristeza profunda se apoderó de aquella criatura, tan insensible y dura en otro tiempo.

—Te has divertido en hacer infeliz á tu hija, decia un dia á la Sra. de G.... su vulgar y grosero hermano; afortunadamente habia nacido con un carácter enteramente opuesto al de Angela y hubiera sido dichosa, á no ser por tus extravagancias, porque era incapaz de sentir.

—Hermano mío, contestó Magdalena con el acento dulce, pero firme y grave que usaba siempre con él: hermano mío, *yo prefiero que mi hija sea buena, á que sea feliz* (1).

(1) En una de las *Relaciones* de Fernán Caballero que lleva por título *Justa y Rufina*, he encontrado estas mismas palabras en boca de la Marquesa de Villamencia, acompañadas de una nota, en que el autor dice que siente no atreverse á revelar el nombre de la madre á quien oyó esta contestacion: yo la he oído igualmente en boca de la madre que encubro bajo el nombre de *Magdalena*: su belleza y santidad me hacen darla á luz tambien, aun á riesgo de que se me acuse de plagiar á Fernán Caballero, al cual me complazco en confesar que profeso una viva y tiernísima admiracion.

III.

El dia en que Angela cumplió doce años, llamó la Sra. de G.... á su cuarto á las dos hijas: estas hacia ya cuatro que ocupaban la salita contigua á la de su madre, y que habia sido amueblada con una sencillez tan rigurosa que rayaba en pobreza, pero que estaba llena de gracia, de buen gusto y de elegancia.

Magdalena hallábase sentada junto á una pequeña mesa que contenia papeles y un recado completo de escribir, de blanca y elegante porcelana.

Delante de ella habia un gran libro encuadernado en pasta oscura de la mas sencilla, y algo mas lejos un cuaderno bastante abultado, en el que, al parecer, estaba escribiendo al entrar Angela y Rosa.

Magdalena llevaba ya un vestido negro de seda, único trage que usaba desde la muerte de su esposo: un cuello blanco y liso hacia resaltar la blanca palidez de su hermoso rostro, cuyas facciones conservaban toda la belleza de sus treinta años, y el encanto y pureza que prestan la tranquilidad de la conciencia y la serenidad del alma.

Su talle esbelto y flexible estaba lleno de gracia, y, aunque los pesares habian adelgazado un tanto el óvalo encantador de su rostro y sus blancas y afiladas manos, sus rasgados ojos garzos conservaban la vivacidad de su rica imaginacion, y su sonrisa la dulzura melancólica, que tan poética la hacia.

Muchos y ventajosos casamientos se le habian ofrecido á la jóven viuda; pero para ella, que despreciaba de corazon á toda mujer que recibe en el tálamo de su primer esposo á un segundo dueño, quedaba únicamente sobre la tierra la tumba de su esposo y el amor de sus hijas.

La Sra. de G.... abrió sus brazos á las dos niñas, estrechándolas sobre su corazon segun su amante y antigua costumbre, y luego quedó con una mano de cada una entre las suyas.

—Hija mia, dijo dirigiéndose á Angela; hoy cumples doce años, y voy á realizar el propósito que tenia desde el dia en que naciste, y en el cual me afirmé cuando Dios me envió á tu hermana: voy á hacerte un regalo, Angela, á condicion de que Rosa ha de participar de él.

—Ah, mamá! ¿has podido pensar que yo dejaria de partir con Rosa todo cuanto tuviera? exclamó Angela enternecida.

—Lo sé, repuso Magdalena: sé, hijas mias, que os amais tiernamente, y Dios sin duda me ha concedido esta dicha para que olvide todas mis desgracias. Aquí teneis un regalo, aña-

dió tomando de la mesa el libro de que ya hice mencion: en este libro he consignado todas mis acciones hasta que me uní á vuestro padre: este volúmen es el diario de mi niñez y de mi adolescencia, y en él están depositadas todas las lágrimas de mis sufrimientos, todas las memorias de mis escasos placeres. ¡Hijas de mi alma! prosiguió la Sra. de G.... estrechando de nuevo contra su pecho á las dos niñas: si llega un día en que alguna reprehension mia os parece injusta, abrid este diario y me perdonareis mi injusticia en gracia de lo que he sufrido: si en alguna ocasion dudais de la senda que debeis seguir, quizá en él encontrareis consejos saludables que os servirán de guia en el revuelto y dificultoso camino de la vida.

Angela y Rosa batieron gozosas sus pequeñas manos y tomando el precioso volúmen, escrito todo de mano de su madre, se asieron del brazo disponiéndose á salir.

—Este manuscrito, añadió Magdalena señalando el cuaderno abierto que tenia delante; este manuscrito es la continuacion de mis memorias desde que me casé hasta hoy: el dia que os entregue á un esposo digno de vosotras, os daré á cada una una copia de la segunda parte de mi vida: es todo el dote que, en medio de mi pobreza, os puedo señalar: ahora idos á poner os vuestros sombreros y vámonos á la iglesia.

Angela y Rosa salieron saltando de gozo: empero en sus grandes y espresivos ojos se veia brillar el llanto del enternecimiento.

Al volver de la iglesia tomaron el libro de su madre; entornaron la ventana de su cuarto y sentándose ambas en el rincon mas apartado de la estancia, dieron principio á la lectura: aquel dia estaban relevadas de todo trabajo, por ser el 2 de Agosto y Ntra. Sra. de los Angeles: de vez en cuando alzaban los ojos del libro simultáneamente y esclamaban con la voz embargada por el llanto:

—¡Oh, cuán buena es nuestra mamá!...

.....

Angela y Rosa devoraron ansiosamente todo el libro, aquel libro, que, segun la misma autora decia de él, habia sido escrito con inauditos trabajos y ocultado con el mas prolijo afan: pero desde aquel dia todos, al levantarse, las dos hermanas dedicaban á su lectura una hora, que robaban de su sueño, para no faltar á sus tareas, y en breve llegaron á saberlo de memoria, del mismo modo que sabian sus oraciones diarias.

IV.

Mi primer propósito, al hablar de las memorias de Magdalena, fué tratar aunque someramente de la ya tan manoseada cuestion de si conviene ó no la literatura en la mujer; mas he pensado despues que nuestro siglo es el de las escritoras, y que si he de elogiar lo bello de la literatura femenina y de condenar los abusos de la misma, necesito un artículo especial.

Concluiré, pues, en este la historia de la Señora de G.... y de sus hijas, dejando para mas adelante un asunto, que es, á mi parecer, harto grave y trascendental para ser someramente tratado.

La adolescencia de Angela y Rosa fué tan tranquila y apacible como su infancia: la Señora de G.... dobló sus cuidados para con ellas, desde que los encantos de la primera juventud empezaron á ocupar el lugar de la cándida hermosura de la niñez, y su vigilancia se hizo mas tierna y esquisita, al mismo tiempo que mas continuada.

Su vida era, en verdad, harto fatigosa, pues madre é hijas trabajaban sin descanso para poder subvenir, aunque escasamente, á los gastos y atenciones de la casa. Rosa era la mas á propósito para el trabajo por su índole activa y su robusta constitucion, opuesta en todo á la frágil de su hermana.

La generosa niña se levantaba con la auroa, presidia y ayudaba á la limpieza de la casa, que hacia una anciana criada, que tenian por toda servidumbre: despues llevaba ella misma el desayuno á su madre y hermana, que permanecian acostadas; oponiéndose, mientras la era posible, á que se levantasen: daba de comer á los pájaros, regaba las macetas de flores y bajaba al jardinillo para cortar otras nuevas: luego peinaba sus hermosos cabellos negros, se ponía su sencillo vestido blanco y se sentaba á bordar junto á la ventana entoldada de yedra y madreselva.

No bien el viejo Sultan veia desde su casita la rizada cabeza de la jóven, empezaba á arañar la puerta y á gemir hasta que la doméstica bajaba á abrirle; entonces subia con gran prosopopeya, lamía, moviendo su enorme cola, las blancas manos de la jóven y se tendía á sus piés dando un resoplido de satisfaccion y bienestar.

Poco despues entraban en la salita de labor la Sra. de G.... y Angela, que habian hecho ya su tocador, abrazaban á Rosa y se sentaban á trabajar á su lado.

Angela era una hermosa criatura de talla

esbelta, blanca tez, grandes y melancólicos ojos y fisonomía llena de dulzura y sentimiento: la fragilidad y delicadeza de su organismo se echaba de ver en sus formas poco pronunciadas; en su tez, que ostentaba la diáfana palidez del nácar, y en la gracia casi infantil de sus facciones que, por otra parte, estaban muy distantes de tener una regularidad perfecta.

Rosa era mas alta y corpulenta: su tez habia tomado un ligero tinte moreno, que hacia un delicioso contraste con el sonrosado de sus mejillas, sus grandes ojos turquíes, guarnecidos y coronados de negra seda, y su profusa y rizada cabellera de azabache: sus facciones eran mas perfectas que las de Angela: en suma, la una era la belleza del alma, la ternura y poesía del pensamiento: la otra era la hermosura del cuerpo y el encanto de los sentidos.

Cuando Angela cumplió diez y ocho estios, los diez y seis abriles de Rosa eran la personificación de la gracia vivaz y juvenil, y mas de una vez el corazon de su madre se oprimió al pensar en los peligros, que podia traer á su hija, su fresca y encantadora belleza.

Rosa era un tanto coqueta: reia de continuo para enseñar sus menudos y nacarados dienteillos, y el dia que no salia á paseo se sentaba junto á una de las ventanas, que daban á la calle.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, entró de improviso su madre: Rosa volvió la cabeza sobresaltada y la señora de G... vió á un gallardo jóven apoyado en la esquina de una calle que hacia frente al edificio.

Magdalena clavó en su hija una mirada profunda y triste y la doncella bajó la cabeza ruborizada.

—Eso no está bien hecho, hija mia, dijo la madre cerrando la ventana, y tomando á la niña de la mano se la llevó á otra habitacion.

Dos dias despues, uno de los amigos de su marido pidió permiso á la señora de G... para presentarla á su hijo: accedió Magdalena y aquella noche misma vió en su casa al rondador de Rosa.

La prudente madre le ofreció su casa cortesmente y esperó vigilando á su hija.

El jóven, que era un calavera de los muchos que, por desgracia, abundan en la sociedad, no escaseó las visitas: era rico, gallardo y llevaba un nombre ilustre: cualquiera madre, en el lugar de Magdalena, se hubiera creído muy dichosa en poderle dar tal marido á su hija; pero la señora de G... no pensaba así.

Ocho dias habian pasado apenas desde la presentacion del jóven, cuando su padre pidió á la viuda de su amigo la mano de Rosa.

Magdalena se la negó políticamente, pero

con firmeza, rogando al pretendiente que suspendiese las visitas á su casa, pues en el momento en que habia dejado de ser amigo de Rosa para ser su amante, habia perdido todo derecho á verla.

Padre é hijo se retiraron muy irritados por lo que llamaban un desaire.

Desde aquel dia Rosa perdió el color y el sueño: sus ojos enrojecidos é hinchados patentizaban que pasaba largas horas entregada al llanto; empero ni una queja se escapó de sus labios.

Angela dejaba por las noches su lecho, se sentaba á la cabecera del de su hermana, y la consolaba, llorando con ella cuando no podia lograrlo.

Así pasaron algunos dias: de repente las mejillas de la jóven se animaron de nuevo; mas en lugar de ser con el colorido de la salud, fué con el bermellon de la fiebre: parecia agitada, y acabó de perder el apetito y el sueño.

Llegó un dia, sin embargo, en que, rendida de fatiga, se adormeció en el sillón de su madre: media hora hacia que duraba su sueño cuando su madre, que la habia observado, entró con lento paso cerrando tras sí la puerta.

La señora de G... tocó su frente abrasada, y luego besó sus mejillas descoloridas y sus hinchados párpados; despues apoyó su mano en el corazon de su hija, y contó con ansioso cuidado sus latidos.

En aquel momento los labios de la jóven se agitaron dejando escapar estas frases entrecortadas por suspiros.

—¡Abandonar á mi madre... y á mi hermana...! ¡Oh, es demasiado terrible el sacrificio...!

La desdichada madre palideció intensamente y llevó su mano al corazon al mismo tiempo que de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas; pero atenta solo, con esa santa abnegacion de las madres á aliviar á su hija, desabrochó el corpiño que oprimia el agitado pecho de Rosa.

Una carta cayó al suelo.

Levantóla la señora de G... y la leyó: en ella avisaban á la jóven que se preparase para una manifestacion, que tendria lugar dentro de dos dias: la carta estaba firmada por el desairado amante y por su padre.

Una amarga sonrisa plegó los labios de la desgraciada madre.

—¡Y es este, exclamó, el hombre que durante veinte años ha dado la mano de amigo al padre de esta niña...! ¡Oh! prosiguió elevando una mirada de súplica al azulado cielo; tú, esposo mio, que tan amante fuiste de tus hijas, inspira á esta mal aconsejada criatura des-

de ese asiento de gloria, que te conquistaron tu virtud y tu martirio!

La señora de G... colocó de nuevo la carta en el seno de Rosa, abrochó su corpiño, y, despertándola suavemente, salió con serenidad.

Diez minutos despues volvió á entrar como quien ha dejado algo olvidado: Rosa leía aquella carta, acaso por la tercera vez, y las copiosas lágrimas que corrían de sus ojos regaban el escrito.

Al ver á su madre quiso ocultarle; mas la señora de G... alargó la mano con imponente calma.

—Dame esa carta, Rosa, dijo.

Alargóla la niña temblorosa y Magdalena la leyó como si no la conociera.

—Hija mia, dijo despues devolviéndosela: yo me opongo á que te unas á un hombre que no puede hacerte feliz, y nunca serás suya con mi consentimiento: ve ahora á encerrarte durante dos horas en la habitacion de tu padre, y cuando salgas de ella, ven á participarme lo que te dicte tu conciencia.

Era de noche ya. Rosa, conmovida por la blandura de su madre, besó llorando su mano, y tomando una luz, se encaminó al cuarto mortuorio, cuya llave la habia entregado Magdalena.

Al llegar allí se arrodilló delante del retrato, y elevó sus manos cruzadas pidiéndole perdon por el delito de abandonar á su madre y á su hermana, mientras que dos raudales de lágrimas regaban sus pálidas mejillas.

De súbito oyó la voz de su hermana, que cantaba una melodía dulce y tierna acompañándose con el piano: aquella música habia sido compuesta por el señor G... para su esposa, cuando daba á esta lecciones de música.

La voz de Angela se elevaba sonora y pura como la de un ángel: era el eco de su alma santa é inocente.

El dolor, que atarazaba el corazón de Rosa, dió lugar, al escuchar aquella música que tantas veces la habia adormecido en su infancia, á una sensacion benéfica y dulce: levantóse lentamente y se aproximó mas al retrato de su padre, que le pareció le sonreía tiernamente: todos los recuerdos de su infancia, todo cuanto habia hecho sufrir á su buena madre, se representó entonces en su imaginacion con estrordinaria viveza; y luego, la sagrada memoria de la agonía de su padre coronó todos estos recuerdos: oyó su voz moribunda, que en aquel mismo sitio la habia mandado fuese buena para con su madre, y todos aquellos tiernos y melancólicos pensamientos regeneraron su corazón y disiparon

la venda fatal, que oscurecía su razon, en tanto duró aquella tierna y poética melodía.

Cesó por fin, y Rosa alzó su bella cabeza radiante de una expresion sublime.

—Gracias, padre mio! exclamó levantándose: ¡gracias por haberme inspirado desde el cielo! No tendrás que acusarme de ingrata el día que nuestras almas se reunan á los pies de Dios!

Rosa enjugó sus lágrimas: imprimió un beso en las ropas del lecho, y salió de la estancia.

Volvió curada á los brazos de su madre y de su hermana, que la recompensaron con caricias, de todas las penas de su amor.

La Sra. de G... comprendió con la esquisita delicadeza de su alma, que la persuasion conseguiría mas que el rigor en el carácter impetuoso de su hija, y todos sus remedios se redujeron á despertar los recuerdos de Rosa con el canto dulce de su hermana, y con la influencia de su estancia en el aposento de su padre.

Aquella mujer, modelo de esposas y de madres, hizo un templo del aposento de su esposo; donde sus hijas buscaban consuelo á sus aficciones, en vez de recibir en él á otro ser, que arrancase de su corazón el dulce recuerdo del compañero de su juventud.

V.

Seis meses despues de estos sucesos, y antes de cumplir diez y nueve años, casó Angela con un jóven hacendado, de gallarda figura, esmerada y sólida educacion, y heredero de uno de los mas ilustres nombres: el mismo día de su casamiento la Sra. de G... cumplió su promesa dando á su hija una copia de la segunda parte de sus memorias, las cuales contienen su vida de esposa y madre, y es bien cierto que, si esta angélica jóven necesitase de lecciones para ser un modelo de todas las virtudes, en ninguna parte como en sus páginas podría encontrarlas.

Rosa acaba de cumplir diez y ocho años y vive con su madre: aun habitan ambas la casita en que su padre rindió el último aliento: aun están las ventanas entoldadas de parras y madreselva: aun vive Sultan, cuya obesidad ha llegado á ser monstruosa, y aun conserva el jardín su vieja higuera, que se carga de fruto en el estío, sus margaritas y amapolas, su yedra, su arroyuelo, y en el tejado de la vivienda de Sultan se ve todavía el nido de golondrinas, renovado cada año, y que ya ha sido cuna de muchas generaciones de polluelos.

Rosa va á casarse con un jóven pintor con el cual es probable que venga á residir á Madrid: su madre es la primera en darla fuerzas

para esta dolorosa separacion, repitiéndola de continuo estas palabras:

—La primera obligacion de una buena esposa es no separarse del hombre que ha elegido por compañero.

Angela es madre de una niña, que lleva el nombre de la Sra. de G.... y que se parece á Rosa.

La jóven, dulce y poética madre, está escribiendo ahora un volúmen de cuentecillos para el recreo de su hija, y ya la tiene guardado en su *secrétaire* otro, que ha concluido, de oraciones, de un mérito singular, y en cuyo estilo campean la fe y la ternura.

No obstante, estas obras no verán la luz, al menos mientras viva su autora: la única preocupacion del elevado talento de Angela es que la literatura en la mujer debe servir únicamente para embellecer el hogar doméstico y para enseñar á sus hijos.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

AMOR DE UN DIA.

CAPITULO I.

HABLA EL AUTOR.

Concha! hé aquí un nombre que compendia todos los dolores y placeres de mi mejor edad: un nombre que amo como cosa propia; que respeto como símbolo; que vivirá eternamente en mí. Recibe, pues, mi fiel amada estos renglones, faltos quizá de sávia; pero llenos de verdad; recíbelos, si no por otra cosa, por haberlos escrito espresamente para tí, que hoy dia es la mas inequívoca prueba de cariño que te pueda dar. Espero que lo harás como lo desea

Mobellan.

CAPITULO II.

AL ANOCHECER.

Hay dias fatales en la existencia. Dias de dolor, de lágrimas, de presentimientos: dias, en fin, en que no se ama nada; en que todo se ve sombrío, y en que la hiel y el absintio ahogan el corazon.

¿Habeis estado alguna vez así?

Era el anocheecer de un dia de Setiembre.

El cielo estaba encapotado y la noche fria.

Mi alma, como el cielo, vagaba envuelta entre nubes de dolor.

Las estrellas brillaban con la melancólica luz de unos ojos cansados de llorar.

La estrella de mi esperanza no vagaba por el cielo de mis ilusiones. Habia muerto! Desdichado del que la pierde.

Estaba triste: pero estaba solo.

El recuerdo de mi padre era mi único compañero. Ah! la muerte no me lo habia robado todo: aun mi padre vivia: aun su imágen se hallaba á mi lado: aun su voz podia resonar en mi oido desde el fondo de su tumba.

¡Feliz del que muere sin dejar tras sí rastro alguno de dolor!

Las flores que sobre su tumba broten, no recordarán la mano de un amigo, el lamento de una mujer querida, es verdad; pero en cambio el pobre peregrino, al descansar bajo la triste sombra del sauce ó del lloron que sobre la losa se inclina, dejará una lágrima de tristeza; lágrima querida, que penetrando hasta el fondo de la ignorada tumba como un postrer adios, como una eterna despedida, llevará en sí toda la verdad que á Dios le plugo poner en el alma: toda la simpatía de que es capaz un corazon.

¡Feliz del que vive sin lágrimas!

¡Dichoso del que muere sin ser llorado!

La muerte es el descanso. La muerte es la única verdad de la vida.

Mi padre está descansando.

Era un justo.

Y los justos no mueren. Por eso mi padre estaba á mi lado.

Su voz me estremeció.

No era cavernosa como la de un fantasma, ni hueca como la de una sombra, ni triste como la de una aparicion.

Era una voz dulce como el recuerdo, tierna como la melancolía, vaga como la esperanza.

Y sin embargo, aquella voz era su voz; aquellas sus inflexiones, aquella su modulacion.

—Hijo mio, me dijo, qué haces? estás á mi lado?

—A tu lado estoy; pero no te veo.

—Y fuera imposible verme. La mirada humana no penetra mas allá de la tumba: esta dicha, no se alcanza mas que con la muerte.

—Pero, qué, ¿has muerto? ¿Huir del mundo es morir? Ah! ojalá muriese ahora mismo.

—¿Por qué deseas la muerte, hijo mio?

—Porque no deseo la vida. Me es indiferente.

—¿Tanta amargura tienes?

—Soy el símbolo del dolor.

—¡Pobre hijo mio!

—Sí, padre: en mí hay un lujo espantoso de desgracia.

—¿Nada has hallado en la amistad?

—Sí, consuelos: pero no me han consolado.
 —¿Y en la gloria?
 —Embriaguez, humo. El soplo del tiempo lo ahuyentó. Nada hallé despues.
 —¿Y en el amor?
 —En el amor! Por cada minuto de goce, una eternidad de pena. Hé aquí el compendio de la mujer. Ah, padre mio! Dichoso el que no las ama! Escúchame si nó.

CAPITULO III.

ELLA.

Era una noche de invierno.
 ¡En esa noche aun vivias! ¡Desgraciado recuerdo que tengo que invocarle para contártelo despues de muerto!

Había reunion en casa de la señora de....

A las once entraba en ella.

El *portier* que me separaba del salon, estaba tendido. No sé por qué, al recoger sus pliegues en mi mano para levantarle, mi mano estaba temblorosa. ¿Seria un presentimiento? Penetré por fin.

El *portier* volvió á caer, como temeroso de que huyesen por sus deshechos pliegues las miradas de una mujer que frente á él estaba. Y hacia bien: que era hermosa, padre mio! era hermosa! Me parece tenia el ojo garzo. Miraba, y su suavísima luz, desplegándose dulcemente como la del sol tras la enhiesta cumbre de la montaña, bañaba el alma de tan desconocida dulzura, de tinte tan melancólico, que en vano se buscaria en mujer creada.

Sonreia como sonríe una vírgen en sus ensueños: un niño en la cuna: un adolescente en su ilusion: con esa sonrisa increada, vaga, indefinible: con esa sonrisa que compendia las virtudes: que se destella de los castos amores, y que no es posible fingir, cuando el alma no se alberga entre sus pliegues.

Era hermosa, padre mio, era hermosa.

La hablé y su voz me pareció un suspiro del viento: el murmullo de una fuente: el eco de una armonía.

Mi corazon se estremeció.

La amaba ya.

De entonces no sé lo que fué de mí. Mis sueños empezaron á perder su misteriosa tranquilidad: el alma, agitada por el recuerdo de una ilusion sobrenatural, parecia ansiosa de romper la frágil barrera que del cielo la separaba, para aspirar los encantos de otra vida mejor: mis párpados estaban temblorosos al caer bajo el peso de la tristeza ó del cansancio, y abrumados y macilentos al abrirse sorprendidos por la vaga pesadilla de un sueño:

mis labios olvidaron todo, para aprender un solo nombre: nombre inmenso, gigante, que de tal modo llenaba mi espíritu, que en el templo, en la calle, en el campo, allí estaba: allí se alzaba en mis oraciones: allí brotaba en mis quimeras: allí me sorprendia en mi desesperacion.

Qué amor! padre mio; qué amor!

Parece imposible que en el corazon humano quepa tal disolucion de afectos; tan monstruosa aberracion de cariño.

Y así cruzaron los dias.

Y una noche, triste como mis pesares, sombría como mis horas, me encontré á su lado.

Fué una noche de embriaguez; un momento de delirio.

Era la vez primera que la hablaba de mi amor.

El mundo me parecia átomo de arena para arrojar á sus plantas: el cielo reducido albergue para encerrar mi cariño.

Hubo un momento en que no hablábamos.

Nuestras miradas encontradas en el espacio se fundian á cada instante, como rayos de sol sobre terso lago: como gotas de rocío sobre la misma flor.

—Amame, lá decia, ámame y el mundo será poco para contener la gloria que para tí alcanzaré.

—Amo tu genio, me decia ella.

—Mi genio? tú lo eternizas. Vivirá para tí.

—Ah! no: tengo el presentimiento que todo ha de concluir.

No podemos amarnos.

—Quién se opone á ello?

—Nadie: pero no es posible.

—Me siento invencible á tu lado; y nadie será bastante osado á arrancarme de él.

—Son quimeras de tu cariño, me contestó.

Y decia verdad.

A los dos dias habia perdido su amor.

Ah! y qué amor tan desgraciado!

Amaba á otro.

Era una mujer miserable.

—Te comprendo, hijo mio.

—La aureola de su frente no era la de la virtud, no; mi amor la habia idealizado: era la mancha del crimen: su sonrisa mentia: mentían sus miradas: sus palabras eran la falsificacion de la verdad: aquella mujer era digna de los tiempos de la antigua Roma.

Y llevaba la frente erguida, tranquila la mirada, tentadora la sonrisa.

Así el misterioso reptil que entre la espesa yerba acecha, esgrime las armas de la inocencia para devorar al iluso pajarillo de la enramada.

Así la flor de los campos se eleva sobre to-

das las flores para atraer los fugaces insectos que liban la hiel de sus secas hojas.

Así el rapaz halcón se lanza á las nubes para caer traidor sobre la tímida paloma.

Así algunas mujeres corrompen el corazón inocente, cuando los suyos están carcomidos por las tempestades de la vida.

Así esta mujer habia nacido con formas de ángel por una monstruosa aberración de la naturaleza.

Y la habia amado!

Parece increíble!

Oh virtud! Con razón pones tu morada en el cielo.

Tú te ostentas sublime, sí; pero es en esos lugares santos, donde pocas veces llega el infecto aliento de la misera humanidad.

En la viola de los campos, en su escondido albergue, su color encendido y sus embriagadores perfumes, se lee uno de tus símbolos: la modestia.

En el arroyo que cruza fugitivo sobre un lecho encubertado de flores, dulce cantor de los campos, cuyos murmullos parecen los quejidos de la ausencia de un cariño, y lágrimas de una esperanza soñada las gotas que de sus orillas se desprenden, te alcanza uno de tus atributos: la resignación.

En la solitaria flor de los Alpes, que sobre la nieve se eleva con asombrosas galas y que parece encerrar en su corola el espíritu de una virgen, se comprende una de tus glorias: la castidad.

En la palma de los desiertos que se mece ante las brisas y lucha con las airadas tempestades, allí estás tú: allí está tu símbolo: la fortaleza.

En los misteriosos reflejos de la luna, cuando trémulos rielan sobre las calladas ondas del Océano, se adquieren tus misterios: tu hermosura, en su panorama: tu grandeza, en su inmensidad.

Ah, virtud! con razón ponen tu morada en el cielo.

Escondida vives: sublimes atributos tienes: por eso inspiras veneración.

Y cómo te martirizan en el mundo!

Manto perpetuo eres de almas corrompidas: bajo tu casta túnica oculta el vicio sus harapos: tu nombre va inscrito en todas las frentes: ah! los miserables no comprenden que el hedor de sus harapos denuncia á cada paso la horrible profanación de tu pureza: que las huellas de sus frentes son el eterno sarcasmo de sus pervertidos corazones: que cuando en algún cuerpo vives, destellos de purísima luz desprendes, que en vano tratarán jamás de falsificar.

¿Cómo puede brillar una gota de rocío sobre el fango?

¿Cómo podrias vivir en la impureza del corazón?

¡Desdichada la mujer que te invoca para cobijar su deshonor!

¡Feliz la que te llama para salvar su honra!

—Ah, hijo mio! Un corazón depravado, es una noche de tinieblas: el que penetre en sus arcanos, no espere nunca estrella de salvación que á puerto seguro le conduzca: morirá en la demanda estrellado por el viento de las pasiones, ó acabará sus días en la duda de su propia existencia. Desdichado de él!

—Es verdad, padre mio!

—Y la olvidaste?

Si: aunque los días que se sucedieron fueron tristes como los desengaños; fatales como los presentimientos.

¿Me habia engañado? ¿Cómo no!

Desde entonces no volví á amar.

La idea de la gloria, brotando instantáneamente en mi alma, me mostró una senda de floridas ilusiones.

No tenia por que vacilar: la acepté.

Entonces fué, padre mio, cuando mi nombre empezó á salir de su oscuridad.

Me parecia que habia nacido á una nueva vida: que algo colosal sobrepujaba en mi corazón á todas las miserias de mis infortunios.

Oh! si, padre mio: un átomo de gloria acababa de compensar todas las lágrimas de mis locos devaneos.

¿Qué es el amor?

La pérdida de las ilusiones: la fuente de los infortunios.

Su vida es congojosa: florida en su principio: asoladora en su fin.

Después de un amor insensato... no quedamos mas que Dios.

Todo se ha perdido en la lucha: es preciso nacer otra vez para volver á la tranquilidad.

¡Desdichado del que ama!

La mujer es un germen de ingratitud.

¿Cómo puede dar flores el campo sembrado de abrojos?

¿Cómo puede amar; quien vive en la aridez del corazón?

Sin embargo; escucha otra historia: es de otra mujer.

CAPITULO IV.

OTRA MUJER.

Una noche me sentia abrumado.

Llevaba ocho días de trabajo y mi cabeza necesitaba descanso.

Salí á paseo.

Mi corazón se sentía tranquilo; pero mi alma inquieta.

Mis veinte y cuatro años volvían á sentir la ausencia de un cariño.

Nuestra existencia no es mas que una serie no interrumpida de vice versas.

Estaba cansado... y me senté.

Pero me senté al lado de una mujer, cuyo amor habia anhelado tiempos atrás.

La hablé y me sentí conmovido.

Era dulce, melancólica y buena.

Tenia el color moreno: perfecto el óvalo del rostro: la nariz de una hermosura griega: labios delgados y de suave tinte, como dos hojas de rosa: el ojo rasgado y bello, de singular expresion: frente ancha y serena, perfectamente delineada por su rubio cabello: esbelta cintura, y formas de candorosa expresion.

Pero, ¡qué diferentes sensaciones no sentí á su lado, de aquellas que meses antes habia sentido por otra mujer!

No sé cual de las dos seria mas hermosa: pero sí que esta sobrepujaba á la otra en galanura y sencillez: tenia algo de esas tiernas violetas que vemos en la orilla de los arroyos y que respetamos por no sabemos qué oculta veneracion. Su frente irradiaba la serenidad de esos lagos, que no parecen sino espejos movibles creados por Dios para que en ellos contemplasen los cielos su hermosura y hagan partícipe al mundo de sus misteriosas galas.

Era un ángel con formas de mujer: una mujer con la bondad de un ángel.

Hablamos de amor.

¡De qué ha de hablarse en la primavera mas que de flores y venturas!

Ah! harto pronto el otoño llega con traidora mano; y los otoños de la vida humana, no tienen primavera alguna: los años son hojas que una vez caidas, desaparecen para siempre en el caos de la eternidad.

Ella no amaba.

Su espíritu la impulsaba tras una creacion: no la habia encontrado: en cambio no era infeliz.

Creo en el amor, me decia: creo en esa época de placeres y lágrimas, de tristezas y devaneos que trae consigo la juventud. ¡Y cómo no creer en ellas! ¿Quién puede negar la luz mas que el ciego? ¿Quién el cariño mas que el insensato? Se ama y se sufre: se sufre y se goza: se sufre y es uno dichoso! Y qué otras dichas vuelven á encontrarse en el mundo tras estas! Oh! el amor es la primavera de la existencia humana!

Sus palabras me estremecian.

Estaba embelesado.

Contempla una fuente: su curso es grave, tranquilo, misterioso. Ni repara en las flores que besan sus ondas, ni en las auras que roban sus murmullos: imágen del que nada sufre, ni del que siente nada, camina con pié firme hácia la tumba de sus galas: hácia el torrente que al pié del cercano valle se desprende.

Pero detén la marcha de esta fuente: interrumpe con diques sus ondas, pára su rápido movimiento; y en pocos instantes las orillas quedarán anegadas: rotos los diques, y abierto ancho campo para sus soberbias ondas.

Así el corazón humano camina siempre en todo. Sereno unas veces, arrebatado otras, rompe cuantos obstáculos puedan detenerle, siempre que en lo mas mínimo se opongan á sus injustos caprichos.

Vi á esa mujer... y mi alma se desbordó.

Pero se desbordó sin ruido, sin arrebató, sin desesperacion: se desbordó con la serenidad de una dicha soñada: con la calma del que llega por fin al colmo de sus esperanzas.

¡Y cómo creerás, padre mio, que amaba mas á esta que á la que tantos pesares me habia causado?

Recuerda la marcha silenciosa de un gran río. Ni un eco, ni un murmullo que indique su paso al caminante; sus ondas no se mueven: y si acaso la rizan los vientos de las riberas, ni un suspiro arranca de ellas: ni una vaga modulacion que vaya á perderse entre los mil rumores de los espacios.

A poco trecho del gran río serpentea un arroyo. Y sus ondas, estrellándose en los guijos de las orillas, lanzan sonidos tan graves, tan poderosos, que en la noche, el viajero que junto á él pasa, huye de sus orillas, juzgándolo el principio de una gran catarata.

Así el amor, padre mio.

Cuando su existencia es un germen de atropellos, sus dias una cadena de sinrazones, es amor, si; pero es el amor del arroyuelo: grande, inmenso en la apariencia; débil, mezquino en la realidad.

Por el contrario; cuando apoderado del alma la va corroyendo con inflexible pesadumbre: cuando ni un ay! ni un gemido, ni un lamento lanza en sus dolores: cuando el silencio sella sus actos, el misterio sus acciones, entonces es el gran río, que nada de él se sabe; pero que al llegar á verle, el corazón se sobrecoje y el espíritu se turba, al considerar su magnífica inmensidad.

Así mi amor con esta mujer.

Tú que has visto á los ángeles, podrias decirme si se parecen á ella.

Sus ojos tienen la dulzura del postrer rayo de sol, al caer sobre las ondas de los mares:

sus labios la sencillez de una de esas flores de las montañas, hermosas como el Dios que las dió sus galas; su conjunto el de la luna, cuando en tormentosa noche rompe las nubes y lanza el beso de sus amores á cuanto en la tierra espera su llegada.

¿Son así las vírgenes del paraíso? Ah! padre mio!

—Qué te angustia, pobre hijo?

—¿Qué dirías si supieses que esta mujer no era mujer, y si un gigantesco emblema de degradación?

—Ah!

—Lo era, sí; el vicio la había emponzoñado cuanto de bueno y santo puede haber en el humano espíritu. La sociedad, padre mio, es un cristalino estanque, cuyas ondas mienten la pureza de un cielo; pero que al beber en él, su amargura es tanta, que acaba por causar la mas espantosa desesperación.

¿Cómo hallar ya una mujer digna de mi alma?

Mas ah! no siempre en los estériles campos se encuentran solo punzantes y secos abrojos: tambien hay flores, cuya sublime pureza recuerdan las mas tiernas esperanzas de la vida.

—Acaso has hallado...?

—Sí: he hallado una mujer tan bella como su virtud: tan buena como su abnegación: ella no miente, padre mio, ella no miente: por eso mi amor será tan grande, que no tenga jamás de que arrepentirse.

¡Ah, Concha mia! te amo.

—Mucho has sufrido, pobre hijo mio, mucho has sufrido: pero no temas, tu padre está á tu lado: él velará tus sueños: él cuidará de la calma de tu corazón. Adivino á la mujer que amas: es digna de tu amor; vive para ella; que ella vivirá para tí.

—Ah! gracias, padre mio, gracias: permíteme besar tu mano. Pero ¿dónde estás? Nada: ni un eco, ni una palabra: mi padre ha desaparecido.

¡Dios glorifique á mi padre!

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

COPIA DE LA RELACION DEL TERREMOTO Y RETIRADA DEL MAR, ACAECIDOS EN CÁDIZ, SÁBADO 1.º DE NOVIEMBRE DE 1755, COMPUESTA POR UN JESUITA Y PUBLICADA POCOS DIAS DESPUES DE HABERSE VISTO ESTA CIUDAD EN TRANCE TAN ESPANTOSO.

Amaneció este dia en Cádiz claros los horizontes, despejado el cielo, viento escaso por el noroeste. Siguió lo mismo, sin que se no-

tase otra cosa mas que un calor no muy propio del tiempo, sobre que no se hizo reflexion por ser tan poco sensible.

A las 9 $\frac{3}{4}$ se comenzó á sentir un temblor de tierra: al principio lento, fué creciendo su violencia hasta notarse en los edificios desmesurados vaivenes; fué decreciendo poco á poco hasta terminarse.

Se deben notar en este punto tres cosas: la primera, su duración; la segunda, su violencia; y la tercera, sus estragos.

Lo mas comprobado por personas inteligentes y de autoridad, es que duró desde su principio sensible, hasta su correspondiente término, el espacio de 9 á 10 minutos.

Las vibraciones de las paredes y edificios, parecen haber sido (las mas violentas y sensibles) del sudoeste al nordeste, lo que se comprueba de los constantes vaivenes de un farol péndulo en medio de la Cruz de un cuarto del Colegio de la Compañía, el que observado su movimiento se hizo parar á mano poco despues de la media duración del terremoto, y repitió dicho movimiento, hasta despues de concluido el temblor.

Se comprueba tambien ser dichas vibraciones en la forma dicha: porque un cuadro de mas de á vara que estaba pendiente de dos argollas de hierro con dos clavos puestos en una pared, cuya espalda mira al sudoeste, y la cara al noroeste, saltó de los clavos, dió en el suelo haciéndose pedazos.

Además de esto, la campanilla de la Comunidad, cuyos brazos ó cruz corren sudoeste nordeste, y la cigüeña ó mano corre al sueste, se tocó por sí misma en el lado del sudeste.

Aunque con lo dicho quedaba explicada la violencia, debo añadir que los aljibes del colegio se movieron de forma, que haciendo notable ruido el agua quería saltarse por sus brocales. Lo que sucedió á las tinajas que deramaron alguna: como asimismo las pilas de agua bendita en la iglesia.

Un capitán francés aseguró haber sentido á bordo de su navío el terremoto, vibrándose la embarcación como si fuera edificio ó casa.

Se debe tener presente para poder medir el arco de los vaivenes, que el espresado farol, quiero decir su garrucha, estará clavada y distante del plan del colegio como 20 varas, y la cuerda de que pende desde la garrucha á la cabeza del farol tendrá de largo (según estaba en este tiempo) 2 varas poco mas. El espacio de los vaivenes del farol de una á otra banda, sería como vara y media.

Los efectos y estragos que se han notado, y merecen mas reflexion no son muchos ni graves respectivo á casas y edificios. Se han visto

algunos tejados corridos, algunas casas viejas maltratadas y ruinosas, que se apuntalaron despues, algunas rajadas en paredes y murallas que no parecen ser de mayor consecuencia.

Supongo la confusion de las gentes en Iglesias, calles y casas: faltos de consejos huian todos sin saber á donde, clamores, llantos y accidentes: y paso á decir el efecto mas digno de la atencion, resulta del terremoto.

Sosegóse este y se aquietó medianamente el pueblo; cuando á las 11 de la misma mañana, estando el mar en las 5 horas de su creciente, el cielo y horizontes claros y serenos sin viento alguno, en pocos minutos se retiró el mar (cuanto fuese se ignora) porque como asustados unos y descuidados otros, ninguno lo observó como debia.

Aunque es verdad que el comun no tenia especie de estos movimientos extraordinarios del mar, subsiguientes á los terremotos, los hombres espertos desde luego temieron lo que efectivamente sucedió.

Volvió el mar tan impetuosamente, que se creyó traia en sí la total desolacion de Cádiz. Para cuya inteligencia es preciso notar lo siguiente. A la parte de levante del Castillo de S. Sebastian y del poniente de Cádiz, á la distancia de dicho castillo, al parecer como media legua se levantó el mar en olas y borbotones de desmedida magnitud y de allí corrió á la parte opuesta; esto es, del oesnoroeste al lesudeste, y dió su furor contra la muralla que está desde la puerta de la Caleta, hasta el castillo de Sta. Catalina (dicha muralla podemos decir corre 600 pasos nornordeste sur-sudeste) y cogiéndola al soslayo, derribó su paralelo á trechos dejando solamente en pie y tambien á trechos como 100 pasos.

Dicho parapeto, esto es, lo que escede la muralla al terraplen tiene de alto como dos varas y de grueso como tres cuartas, lo dividió en trozos. De ellos hay algunos de diez varas de largo. Desde la muralla del Hospicio á este hay 75 pasos, y hasta aquí llevó la primera avenida del mar muchos de estos pedazos de parapeto. Desde el Fortin del Salado á la Cruz de la Calle de este nombre, ó de la Palma, hay 100 pasos y hasta aquí tambien rodaron semejantes trozos de parapeto.

El tinglado de la madera del Hospicio se arruinó. Mucha parte de las vigas (cada una de doce varas de largo, de diámetro doce y diez pulgadas) fueron llevadas del ímpetu de la ola y llenaron confusamente unas sobre otras toda la calle de la Cruz, hasta la capilla de la Palma y algunas corrieron con el agua hasta la iglesia de la Pastora.

La pequeña campana, puesta en el muro

del Hospicio, corrió adentro como un tiro de pistola. El mármol sobre que estaba la cruz que da nombre á la espresada calle, corrió hacia la Palma un buen tiro de fusil.

La isleta de casas mas inmediatas al Hospicio, y á la destrozada muralla se inundó, subiendo el agua del mar de tres á cuatro varas; de modo que los mas que estaban en ellas, se libertaron por las azoteas, y los que así no lo hicieron se ahogaron miserablemente, de los que al presente han hallado como seis ó siete.

La retirada del mar dejó estas casas llenas de tarquin y broza y casi todos los tabiques destruidos.

En la entrada de la puerta de la caleta por la banda de poniente se llevó como veinticuatro pasos del pretil.

Por el lado de levante de San Sebastian se notó otra reventacion, ó formacion de olas, algo menos terrible que la del lado de poniente.

Por la bahía sobre Puerto-Piojo se vió otro de menos consideracion. Por la puerta de Sevilla entró el agua de esta primera avenida, hasta casa del tesorero de Indias distante de dicha puerta como 150 pasos.

En este sitio el daño que se hizo considerable fué averiar muchos fardos y géneros que estaban en su muelle y puertas de la Aduana, y aun con dichos fardos intentaron tapar la puerta de Sevilla, para evitar la entrada del mar por ella si acaso repitiese.

En el muelle y puerta de la mar creció dicha primera avenida ó retroceso del mar, de modo que hizo nadar sobre sí mucho número de botas llenas de vino que allí estaban, y traspasarlas al foso que hay entre el muelle y la muralla, y rompiéndose muchas unas con otras; y los barriles de agua del Puerto siguieron la misma fortuna, y en la resaca ó retirada al mar fueron muchas de unas y otros, con mil cosas, de que comunmente está empachado el muelle. Entró por esta puerta el agua hasta el sitio en donde antiguamente estaba el Hércules, serán como 150 pasos de la puerta, corrió por la calle Nueva hasta el husillo; por el cual entró tambien el agua á la calle de Guanteros, y de las Andas, creciendo allí como media vara.

Por la parte de Puerta de Tierra en la playa de Santa Maria, como media legua de las peñas se notó otra reventacion, remolino ó formacion de olas, poco menor que la de la banda de Poniente de San Sebastian. Se juntaron los mares por el Arrecife, que casi queda destruido todo desde las peñas en adelante, en donde cogió primera y segunda ola. A los que huyendo de Cádiz buscaban su asilo en la Isla, raro escapó de la muerte. Muchos car-

gueros, muchos pasajeros voluntarios y muchos de los traficantes, se cree bien crecido el número de los que así perecieron en este sitio. Algunos cadáveres se han hallado y traído á Cádiz y otros á la Isla, se buscan mas por la caridad; pero la resaca de ambos mares los habrá estraído, y aunque parezcan pocos, siempre estaremos en que se ahogaron muchos hombres y mujeres, caballos etc.

Por el husillo de Puerto-Chico entró el agua á la calle de San Juan y al callejon de los Descalzos, sin daño alguno.

No sé decir, porque no lo puedo notar, cuanto tiempo gastaba el mar en retirarse y en retroceder en los primeros movimientos: por lo que observé despues creo que el tiempo que gastaba el mar en retirarse seria como 12 ó mas minutos, y en el retrogreso 3 ó 4 minutos menos.

Despues de medio dia observé, que gastaba 9 en ir y 7 en volver, yendo cada vez á menos; durando este alterado movimiento el espacio de 20 horas; esto es, desde las once del sábado hasta 7 del domingo por la mañana, en que ya eran casi imperceptibles.

En la segunda y tercera retirada se observó de baja-mar como media legua, y despues decreció mucho en esto.

Los padres de Santo Domingo espusieron al público la imágen de la santísima vírgen del Rosario en su pórtico vuelto el rostro á la bahía.

Salieron de órden del señor provisor los rosarios aquella tarde y noche, y ciertamente con devocion. Tan buen predicador, como son, terremoto y retirada del mar, han hecho un admirable fruto. Dios quiera se conserven en los gaditanos los buenos propósitos que han concebido.

El nuevo escelentísimo señor gobernador don Antonio Azlor, ha manifestado su celo y conducta: acordonó las murallas con soldados, y aun dicen, que noticioso de lo que acaecia, mandó que ninguno saliese por la Puerta de Tierra.

Añaden que de prevencion dejó dispuesto en las plazas y otros sitios, barriles de alquitran, y hachas de viento, por si hubiese alguna novedad, la noche del sábado, para que iluminasen las calles, y no se anduviese á ciegas, en caso de repetirse el terremoto, manteniéndose dicho escelentísimo señor sin desnudarse esa noche, y un caballero prevenido para hallarse pronto personalmente á cualquier suceso.

Esto es lo que me ha parecido digno de nota, lo demás tiene mucho de vulgo.

El Sr. Ilmo. estaba en este tristísimo dia en Puerto-Real, y al siguiente vino á Cádiz; y á

NOVIEMBRE.

pié con pocos de su familia, se encaminó desde el muelle á la iglesia de N. P. Santo Domingo, y seguido de mucha gente, hizo devotísima oracion al milagroso simulacro de la SS. vírgen del Rosario.

El dia martes publicó su Ilma. un edicto, propio de su piedad, exhortando á sus fieles al temor santo del Señor, al abandono de las profanidades, galas y diversiones á penitencia, á reconocimiento del singularísimo beneficio de no haber sido desolados, como merecian nuestras culpas. Intimó el ayuno del dia miércoles que con religion ha observado el pueblo.

Convidó á todos para que asistiesen á una procesion general de rogativa, que efectivamente se hizo el mismo dia por la tarde. Aseguro á Vm. sacaba las lágrimas al corazon mas duro, cual es el mio, al ver tan inmenso pueblo procesionalmente compuesto, devoto, silencioso y santo.

Componíase ésta procesion de todas las comunidades, rosarios, congregaciones y de los dos cabildos; y en una palabra, todo el pueblo. Las dos bellas estatuas de nuestros patronos Servando y German, y la insigne reliquia del Lignum Crucis, se llevaron en la procesion, que se dirigió de órden del Sr. obispo á la hermosa iglesia de los reverendos padres de Santo Domingo, en la que estaba espuesta sobremanera hermosa y riquísimamente adornada la imágen de Ntra. Sra. del Rosario, la que no se podía mirar sin rebotar de nuestros corazones á los ojos la piedad, la devocion y ternura.

Jueves por la mañana con la mayor solemnidad, se han dado gracias con el *Te Deum* en la santa iglesia, con asistencia de inmensa gente.

Dios que por su infinita misericordia ha atendido á nuestros buenos propósitos, suspendiendo el impulso de su brazo, que nos amenazaba con el último esterminio, haga que sean eficaces en todos los de esta ciudad sus auxilios, para que se viva como se debe: y guarde á Vm. como le suplica su fiel y verdadero amigo, etc. Cádiz 6 de Noviembre de 1755.

A mas de esta relacion se conservan algunas escritas en verso. Su valor literario es ninguno. Sin embargo en gracia de la curiosidad de algunas noticias que contienen vamos á trasladar algunos fragmentos á las columnas de *La Moda* con objeto de completar el cuadro histórico de aquel espantoso suceso.

José Espinosa Ortiz, natural de Huelva, compuso dos romances, descriptivos del terremoto del 1.º de Noviembre. Despues de hacer una larga invocacion á Ntra. Sra. del Rosario, y ensalzar las excelencias de esta ciudad, dice el autor:

En dicho dia á las nueve
de la mañana seria
poco mas ó poco menos
se vió el cielo apacible,
serenado el sol á un tiempo,
sin saber de qué manera
enojado Dios Supremo
nos dió un gran temblor de tierra
que capillas y conventos
cón la Santa Catedral,
los castillos en su esfuerzo,
murallas y baluartes,
edificios los mas recios,
casas las mas potentadas,
ricos, nobles y plebeyos,
sin que nadie se reserve,
todos temblaron sus cuerpos.
Las torres mas empinadas
querian venirse al suelo:
en Señor Santo Domingo
cayó la cruz sin remedio
de la torre que celebra
este sagrado convento.
Del Señor San Juan de Dios
la torre muchos la vieron
en peligro; mas libróla
el alto Dios de los cielos
por la caridad tan grande
que hacen con pobres enfermos.
Una casa principal
de un muy noble caballero
en plaza de San Martin
de lo mas alto hasta el suelo
cayeron catorce cantos:
nadie se agravió con ellos.

Junto á la pescadería
á otra casa le pusieron
puntales, porque quedó
casi de venirse al suelo.
Es sin número las tejas
que en todo el famoso pueblo
por partes fueron caidas
sin agraviar en un pelo.
Abandonaron sus casas
todo vecino y saliendo
con el rosario en la mano
con gran devocion siguieron
unos á Santa María
y otros á los conventos.

Viendo á mi Dios enojado
las aguas entraron dentro
por el barrio de la Viña
donde derribó primero
gran parte de la muralla:
del baluarte lo mesmo.

Paso al muelle á referir
otro estrago y no pequeño
pues de cuanto en él estaba
se perdió en un breve tiempo,
vinos, losa, cal, ladrillo,
frutas, verduras, piperos,
bodegones y aguaduchos
todo en el foso traspuesto:
la casilla derribada
con cuatro ó cinco agujeros
adonde estaba la losa,
una mujer y un chieuelo
no saben por donde han ido
aquesos miseros cuerpos.
Paso á la Puerta de Tierra:
digo cómo un caballero
del orden de Santiago
que es nuestro patron guerrero,
capitan de infanteria
del lucido regimiento
de Soria, el cual se llama
Señor don Manuel Boneo
en esta puerta de guardia
estaba este dia mesmo.
Así que miró las mares
juntas, dispuso al momento
ponerse sobre las armas
valiente, noble y discreto,
mandó calar bayoneta
y dió su orden diciendo
que ninguno salga fuera
todo el mundo venga dentro.
En esto llegó la orden
del muy noble caballero
excelentísimo Señor
gobernador de este pueblo,
espresando aquello mismo
que ejecutó el caballero.

Antes de cerrar la puerta
unos nobles caballeros
en un coche y dos calesas,
los señores fenecieron,
los cocheros y las mulas,
solo se escapó un mancebo.

Quando los mares cojió
todos fueron esqueletos.
Por diferentes parages
con noble y cristiano celo
vá la santa caridad
recojiendo cuerpos muertos
de hombres, niños y mujeres
para hacerles el entierro.
Puntal, Carraca y el caño
que llaman del Trocadero
ha sido todo anegado,
la Matogorda lo mesmo.
Fuerte Luis y la Puente
las aguas le entraron dentro.
Vuelvo á la ciudad: diré
como del sacro convento
del Señor Santo Domingo
de Guzman y Caballeros
en punto de una del dia
sacaron el Sacramento
y á la virgen del Rosario
los padres con grande celo



encima de la muralla
conjurán al mar soberbio.

El Santísimo Rosario
á esta hora del convento
salió por todas las calles
plazas y esquinas, pidiendo
en alabanzas divinas
á la Emperatriz del cielo
nos libre de los peligros
y de malos pensamientos.
En justa predicación
se recojió á su convento,
y los padres jesuitas
con su doctrina vinieron
San Francisco y Capuchinos,
Carmelitas y San Diego
y los Padres Mercedarios
con los rosarios vinieron
por las calles y las plazas
como doctos y discretos
predicando en altas voces
palabras del evangelio.

En aquella misma noche
volvió á salir del convento
del Señor Santo Domingo
el Rosario, y vino en medio
esta divina Señora,
quien no se fué á su convento
hasta las diez de la noche
poco más ó poco menos.

Como se vé, este romance está escrito en malos versos y peor lenguaje; pero dá algunos curiosos detalles de aquel suceso, y por eso lo hemos extractado en obsequio de nuestros lectores.

La Municipalidad gaditana mandó erijir enfrente del Hospicio una columna triunfal á Ntra. Sra. del Rosario, acuerdo del que disintieron varios regidores, que querían además hacerlo extensivo al voto de que jamás hubiese funciones teatrales en Cádiz.

REVISTA DE MADRID.

Un adios. = *Tristeza mensual.* = *Simil.* = *La Mancha.* = *Sus recursos.* = *Diálogo.* = *Los Manchegos.* = *Historia verdadera.* = *Datos históricos.* = *Un ferro-carril.* = *Una sesión célebre.* = *El mes de Octubre.* = *Lo que no he visto.* = *Lo que ví.* = *Viaje en vapor.* = *Recuerdos Quijotescos.* = *Una dama triple.* = *Sus caprichos.* = *Mis desventuras.* = *Cosas de Madrid.* = *Chasco de buen tono.* = *Broma casamentera.* = *Convite.* = *Convidados.* = *Esperanzas.* = *Fundamento de ellas.* = *Teatros.*

= *Real.* = *Zarzuela.* = *Circo.* = *Relámpagos, truenos y estrellamientos.* = *Moda.*

Ha concluido Octubre.

Dios le haya perdonado.

¡Vaya un mes delicioso! Vaya unos días de fastidio, de tristeza, de hipocondría!

Reseñaros este mes, es lo mismo que agarraros de un brazo, ponerlos en los llanos de la Mancha y deciros: distraeos.

Al principio tendereis la vista lejos, muy lejos, hasta lo infinito: y poseídos de profunda admiración, buscareis una flor; y no hallándola, un cardo; y no viéndolo, un rastrojo; y no teniéndole, un árbol; y no dando con él, un monte; y no encontrándole, una nube; y no existiendo, un pueblo. Ah! un pueblo en la Mancha de fijo os haría temblar. Allí se vé la aguja de una iglesia, esclamaríais; y como ningún obstáculo se os presentaría palpable para impedir vuestra marcha en línea recta, de aquí el que tomando alientos, la emprendiéseis con la mejor buena fé del mundo.

Suenan horas.

Las tres de la mañana! esclamais: á las cinco ya estamos oyendo misa: ¡quién sabe si antes! Verdaderamente el pueblo se está, como quien dice, tocando con la mano. Con que adelante.

Y echais á andar.

La mañana es deliciosa.

El sol, que en la Mancha no se acuesta por no tener donde, aparece inmenso, omnipotente á serviros de guía, y vosotros, agradeciendo al padre Febo galantería tan estremada, os dais la mas cumplida enhorabuena.

La soledad os convida á la meditación.

¡Qué desierto! esclamais.

¿Será este el verdadero valle de Josafat, y no el que existe en Jerusalem?

Porque bien pensado, aquí sobra terreno para cuantas almas acudan á juicio.

Un anciano que os acompaña, os interrumpe de este modo:

—Y es probable que no acudiese ninguna.

—¿Por qué, señor?

—Por una razón muy sencilla: porque no componiéndose el mundo mas que de pícaros, tontos y cándidos, el Infierno, el Limbo y el Purgatorio son los encargados de custodiar sus almas! Y ya las van soltando!

Por lo demás, los manchegos lo sufren todo, todo; escepto el que se dude son manchegos. Pues no si no irles con repulgos de empanada! Y si no, oid.

Cuando se inauguró el ferro-carril, las gentes, dos horas antes de pasar los trenes habían

tomado ya posesion en los linderos del camino.

—Si dicen que vuela! gritaba una vieja que habia conocido á Maximiliano Robespierre.

—Cá! contestaba un octogenario de respetable y vigorosa presencia: lo que yo sé es que el aire lo hace todo. Soplan con fuelles.

—Toma, decia un muchacho mugriento como un judio: pus es claro! ¿No ve usté tio Caricorto, como suena el órgano del lugar soplándole? Pus lo mismo pué ser eso.

—Hecha! interrumpia un mofletudo y abigarrado barbero: la verdad es y el señor cura nos lo ha dicho así, que eso no es otra cosa que la condensacion fortuita y asimilada de vapores acuáticos recopilados en conductos centrifugos, que imprimiendo un derrotero de rotacion superior al aire que oscila en tubos giratorios, sale por una chimenea como el humo que sale por las vuestras en las cocinas. Y así, repudiado el vapor en los opuestos polos, se concentra en una caldera donde el acuático líquido hierve ni mas ni menos que cuando coceis patatas: y diciendo anda, oscila los ejes, se replegan los gases distribuidos en grandes densidades: y apretando las clavijas, salen repentinamente en hirvientes emanaciones, y las ruedas se ponen solas en movimiento. Esta es la verdad del secreto.

—Ah! murmuraban todos en el colmo de la admiracion. Pus eso ya lo sabiamos.

—Sois unos topos, continuaba el barbero: ¡ya lo sabiais!

—Pus claro está.

—Pues no está claro. Oid. Cuando el colosal y protuberante Cristóbal Colon volvió de descubrir el mundo, unos sabios sapientísimos, tuvieron la osadía de decirle la misma estúpida frase que vosotros me habeis dicho: que ya lo sabian.

Pero el sabio é ingenioso genovés, mal acostumbrado á semejantes invectivas, cojió un huevo; y poniéndoselo en la mano al que mas chillaba, le dijo: Ruego á su mercé tenga la bondad de poner este huevo de pié sobre la punta de este palo.

—Al momento, respondió el sabio: y tomando el huevo, empezó la operacion. Pára aquí, pára allá, coje un lado, ensaya el otro y ¡qué si quieres! el huevo no se tenia en pié.

Y así uno tras otro fueron confesando no acertar una cosa que no sabian.

A lo que Colon les dijo:

Pues amigos mios: las cosas cuando se inventan son cuando tienen el mérito: no despues de inventadas. Vuestras mercedes, ya descubierto el mundo, suponen que su descubrimiento era fácil y sencillo; por lo que, para

probarles lo contrario les he suplicado pusiesen este huevo én pié. Y no habiéndolo conseguido voy á indicarles la manera de hacerlo.

Y cojiendo el huevo, y cascando con mucha flemma una de sus puntas, lo sentó perfectamente sobre el palo.

¿Lo ven sus mercedes? Pues hé aquí como lo mas sencillo no sabiéndolo, es tan difícil como tocar el cielo con la mano.

Y aun iba á continuar su peroracion barberil, cuando hé aquí que allá en lontananza una espesa nube de humo le suspende la palabra en los labios; admira á la vieja de Robespierre; paraliza al octogenario y atrae las miradas de todos.

—Ya está ahí! Ya está ahí! grita á coro la multitud.

—Y como bufa!

—Eso es que habla.

—Cá: que se queja.

—Pus no es sino que nos dá los buenos dias.

—Eso es, eso es.

—Y que negra y fea es!

Y apenas habian callado, cuando el tren pasó por delante echando centellas.

—Echa fuego por la boca! Es algun condenado.

—Ya está averiguao, grita el alcalde. Too se reuce á que las caballerías van dentro. Por eso corre tanto.

—Tié razon, tié razon.

Y con esto se volvieron al pueblo.

Y cuenta la crónica que algun tiempo despues, tratóse muy formalmente de plantar árboles en todas direcciones, para contener así los funestos resultados de un clima tan abrasador.

Pero es el caso que la noticia corre de pueblo en pueblo, de casa en casa, de boca en boca; y citándose á concilio, se tratan de discutir las ventajas ó inconvenientes de semejante acontecimiento.

—Los árboles sirven para dar sombra, grita el gaitero.

—Y para dar leña; le interrumpió el síndico.

—Y para columpiarse, murmura la alcaldesa.

—Y para la intemperie, añade el boleterero.

—Y para hacer santos, replica el sacristan.

—Silencio! ruge el alcalde; silencio en nombre de la ley.

Y para abrigar gorrones que se coman el trigo, digo yo.

—Ahaaaa! y es verdá!

—Así queda disuelta la reunion. Los árboles son perjudiciales.

Con que dígame V., amigo mio, si aun dado caso que sucediese, podrian parar las almas retonzonas en un pais donde tales cosas acontecen.

—Cierto que no. Pero ¿qué hora será? veamos. Santo Cristo! Las dos y cincuenta minutos de la tarde! y el pueblo?

—Ahí lo tiene V. tocándole con la mano. Es decir, en el mismo sitio donde lo vimos al echar á andar.

—Jesus, qué horror!

Pero continuemos.

Y anda, que anda, que anda, al fin veríais ponerse el sol, (el sol solo se pone en la Mancha de vergüenza) y salir luego el crepúsculo; y llegar la noche, y aparecer las estrellas y despuntar la mañana, y estar el pueblo á igual distancia que lo encontrásteis al partir.

Y al fin jadeantes por el cansancio, rendidos por la monotonía, hastiados por la uniformidad, renunciaríais á continuar la marcha, decididos á que las horas pasasen por cima de vuestra vida, en tanto que alguna novedad os arrancaba de tan soporífera posicion.

Pues hé aquí una parábola que me viene como de molde para demostraros lo que ha sido en Madrid el dichoso mes de Octubre.

Por mas que he hecho, por mas que he buscado, por mas que he corrido.... nada! viajero manchego, me propuse tumbarme á la bartola, en tanto que algo notable reclamaba el auxilio de mi pluma.

Pero ¿ha sucedido?

No.

Mis ojos han estado contemplando sin cesar la cúpula del mes: pero el mes ha pasado y ni huella ha querido dejar de su existencia.

Ha hecho bien.

Y es que esta humanidad madrileña tiene algo de esos avestruces que parados sobre un pié con la cabeza entre las alas, se pasan dias enteros como si fuesen de piedra ó carton: hasta que acosados por la necesidad, tienden el vuelo y llenan los desiertos con los roncocompases de sus alas.

En qué consiste esto?

En que falta la vida, la animacion, el placer para nada.

Así es como el menor incidente, la mas ínfima novedad os sirve de pasto para una semana entera.

Hace unos dias fuí á Albacete en el tren correo, con objeto de acompañar y despedir allí á un amigo de la infancia que partia para Alicante.

Efectivamente, llena el alma de recuerdos con los notables sucesos de D. Quijote, y ansioso de ver los lugares tan célebres por sus

hazañas, propuse en mi ánima volver de dia, como desde luego lo ejecuté.

Absorto y meditabundo ante aquellas sábanas de abrojos; ante aquella tierra atacada de ictericia; ante aquellos confines tan infinitos, tan espantables, pensaba en mis adentros qué podia haber sido en la antigüedad aquello, cuando una torre, un viñado, un molino destacándose en el horizonte, convertia instantáneamente mi tristeza en una inusitada alegría.

Y así llegué á dar vista á Criptana.

Ah, Criptana!

Figuraos un pueblo en medio del desierto, es decir, un cañamon bajo un miriñaque: y al pié de este pueblo un vericuerdo que así puede serlo como un promontorio de basura: y encima á manera de astas, ó adornos de esos que usan los canadienses, veinte y seis molinos de viento en línea. Veinte y seis molinos! tan airosos, tan cucos, tan colosales!

Pero ¿creeis que es esto todo?

Cál! pues falta lo mejor.

Y esto es, que los tales molinos son ni mas ni menos los mismísimos que acometió el famoso D. Quijote de la Mancha, honra y prez de Argamasilla de Tormes.

Y qué efecto me produjeron!

Y es que no es fácil verlos sin que se sientan tan grandes emociones.

¡Tal es la inmensa gloria que imprime á sus creaciones el genio!

Por lo demás, rato hacia que en las estaciones recorridas oia una voz vecina y femenil que con súplicas y ofrecimientos pedía á todos cuantos pasaban un racimo de uvas.

Hay cosa mas estraña? me dije. Y una vez en Tembleque, abrí la portezuela y me bajé.

Entonces por la inmediata ví asomarse una jóven inglesa de pura raza, con un rostro blanco, terso, dulce, aristocrático.

Tendria unos veinte años.

La oí hablar y me dije: es inglesa.

Pero á poco varia de idioma y añado: es italiana.

Y apenas pasados tres minutos repito: es española.

¡Con qué admirable perfeccion hablaba los tres idiomas!

—Hombre, ¿hay uvas en este pueblo?

—Señora, no.

—Mujer, ¿quiere V. ver si hay uvas?

—Es escusado, no las hay.

—Caballero, (encarándose á mí) ¿es verdad lo que dicen?

—Señorita, voy á ver si puedo dejarlos por mentirosos.

Y fuí á la estacion.

Y no habia uvas.

—Señorita, no las hay.

—No es posible. Y V. que parece tan bueno, no me dejará sin ellas.

—Es verdad; aun cuando supiera ir por ellas á Albacete.

Y dirigiéndome á la fonda, pude, mediante una peseta, adquirir dos racimos del ansiado manjar.

—Señorita, ahí tiene V. uvas.

—Ah! caballero! es V. un español.

Que soy un español? me dije para mis adentros; ¿pues por quién diablos me tomaria esta caprichosa belleza?

Y conociendo sin duda mi confusion, añadió:

—He dicho que es V. un español, porque estoy segura que solo un español es capaz de semejante galantería.

Y lanzándome una mirada indefinible de bondad, huyó de la ventanilla, al propio tiempo que huía el tren.

Ah, inglesa! exclamé!

Y no tuve tiempo para mas: Tembleque acababa de recibirme en su seno; acababa de darme en Tembleque.

El despecho, la rabia, el furor que se apoderó de mí, es inesplicable.

Yo en Tembleque! Yo que habia jurado estar en Madrid á las seis y media de la tarde!

Iré á pié, me dije; diez y nueve leguas se andan al momento.

Pero, ¿y la inglesa? Y mi abrigo? Y mi dignidad española obligada á viajar en el caballo de S. Francisco?

¡Y cómo saboreará las uvas á mi costa!

Ultima vez que soy galante.

Y en estas y otras observaciones estaba, cuando un tren de mercancías, tomándome como otra idem, (que bien podia entrar fardo, quien acababa de salir acémila) me condujo á la capital de España.

Escusado es decir que antes hubiera llegado á pié.

¡Tal virtud tenia el vapor!

Y como al otro dia de la aventura, empezase á buscar á la uvera, y como hayan pasado quince sin dar con sus huesos, de aquí el que el tiempo haya corrido presuroso, dando á esta majadería todos los tintes de una cuestion de gabinete. ¿De gabinete? he dicho mal: de campo y muy de campo: que no en otra parte me dejó plantado la hija de la soberbia Albion.

Y ya que de aventuras trato, os voy á contar las que con mas visos de certeza se han masticado estos dias en la coronada villa.

Es el caso, que en una sociedad tan respetable como autorizada, tratóse una de estas noches de costear una comida de campo, al que engañase mejor y por mas tiempo á toda

la concurrencia. El término fué hasta el primer Domingo.

El primer dia se pasó sin novedad.

Al siguiente, apenas entró un respetable anciano, todos se dirigieron á él, dándole la enhorabuena.

—¿Pero, qué callado se lo tenia V?

—Vamos, ¿y qué tal es la novia?

—Dicen que es muy bonita. Al menos, así lo indica un periódico.

—Mucho, respondió el neófito: y el Domingo entrante, quedan ustedes convidados á los esponsales, en mi casa de campo.

—Táte, dijo una vieja con mas agallas que un galápagos: el Domingo á donde iremos será á comer á su casa de campo; pero cuya comida pagarémos nosotros.

—Ah! esclamaron todos: descubierto.

El viejo lanzó un suspiro, murmuró una imprecacion, y confesó el ardid.

Y se pasaron dos noches mas.

Y serian las once y media de la tercera, cuando un jóven, poeta y periodista por mas señas, entra precipitadamente en la sala.

Todos se ponen en pié.

—Qué pasa? qué sucede? qué significa?

—Señores, esclama el vate; no asustarse; pero la cosa es grave.

—Dios mio, hable V., hable V.

—Pues bien, frente á esta casa, en mitad de la calle, acaba de encontrarse una mano. Y la policía está en la puerta.

—Jesus! esclaman las señoras.

—No asustarse, gritan los hombres.

—Mi abrigo, pronto, mi abrigo, dice una.

—Elisa, hija mia, vámonos, añade la otra.

—Papá, deje V. la capa y salgamos, esclama la tercera.

—Dios mio! murmura la señora de la casa, ¿qué desgracia será esta?

Y entre gritos, pisotones, despedidas, adioses, suspiros y razonamientos, se disuelve la reunion.

Y á la siguiente noche, Viernes, se leia en el mas profundo silencio la aventura, en uno de los periódicos mas autorizados de la corte.

A poco entró el periodista-poeta.

—Que hay? se ha averiguado algo?

—No, señora.

—Dicen que es de hombre?

—Así lo creo.

—Y tendremos que declarar?

—Por fuerza.

—¡Era cuanto nos faltaba!

Y al siguiente dia, Sábado, el periódico prometia revelar todo el misterio de la mano, tan pronto como se acabasen de recojer los datos.

—Señores, esclama el poeta entrando de repente: mañana por la mañana, es probable venga la justicia á tomar declaraciones: y para evitar este disgusto, bueno fuera pasásemos el día en la Alameda de Osuna ó en el Pardo, ya que el tiempo y la festividad nos brindan á ello.

—Aceptado.

Y arregladas las cláusulas de la partida, muy de mañana rodaban en tres elegantes carruajes, rodeados de esbeltos ginetes, los miembros de la escogida sociedad.

Y concluyendo de comer estaban, cuando nuestro poeta, tomando la palabra, esclama:

—El misterio de la mano está averiguado.

—Si?

—Si; y en prueba de ello, Juan (dirigiéndose á un criado) trae la mano en una bandeja.

—Jesus! que horror! gritan todos cerrando los ojos.

—Aquí está.

—Ah! la mano!

—Si, *la mano de un almirez!*

—Ja, ja, ja, ja!

—Con la cual, añade el poeta, se han molido las especias para el condimento de esta comida, que á nombre de ustedes me he dado hoy Domingo, día de la fecha.

La ocurrencia fué saludada con bravos y aclamaciones, y el regreso verificado con toda alegre familiaridad.

A las dos horas, Madrid la celebraba ya por completo.

¿No es cierto que fué chistosa?

Entre esta y otras aventuras y la Ristori, se ha pasado el mes.

Mujer mas obsequiada que la tal marquesa, no es probable que haya habido jamás en España.

No solo la reina le regaló un sorprendente aderezo de brillantes, y los poetas un álbum, y los artistas una pulsera, y el pueblo plácemes y gloria; sino que el general Narvaez, después de haber empezado por poner sus trenes á su disposicion, concluyó por darle un convite, digno, por cierto, de la persona á quien se daba.

Concurrieron á él, que recordemos, el Embajador ruso con su señora: el Ministro de Hacienda con la suya: la madre de la Emperatriz de los franceses, condesa de Montijo: los Ministros Ventura de la Vega, D. Francisco Martinez de la Rosa y otras muchas de distincion.

A la derecha de Narvaez estaba la Rusa: á su izquierda la Ristori: á la izquierda de esta, Martinez de la Rosa: frente la condesa de Montijo y así por su orden los demás.

Y como en la comida mas encofetadamente

diplomática, Ventura de la Vega lucia al pecho su gran cruz, y Martinez de la Rosa su toison de oro.

Honrada debió salir la tal dama con tales muestras de veneracion y respeto.

La verdad es, que nos ha prometido volver el año entrante.

El 20 salió para Valencia: de allí, después de dar cinco ó seis funciones, partirá á Barcelona, y de esta capital parece regresará á Paris.

¡Qué lástima que no os visite, hermosas y elegantísimas gaditanas!

Por lo demás, como no han empezado los bailes, ni los thés, ni los chocolates, ni las comedias caseras, ni las reuniones familiares, nada os puedo decir de innovaciones en los trages, ni de esos variantes en los adornos, que tan ridículas hacen unas veces y otras tan bellas, á vuestras elegantes cortesanas.

Aun cuando á deciros verdad, espero hacerlo pronto.

Y sabeis la razon?

Pues es muy sencilla.

La Reina ha entrado ya en el noveno mes de su embarazo: la aristocracia femenina se halla toda en Madrid á escepcion de la elegante y simpática baronesa de Ortega, que segun noticias, está haciendo las delicias de la buena sociedad de Vigo, y alguna que otra rezagada: la temporada va haciéndose como es natural de día en día cada vez mas cruda y desapacible: el furor de divertirse es tanto mayor, cuanta ha sido mayor la privacion de diversiones durante el verano; así que, con todas estas circunstancias tan heterogéneas en la forma, pero tan homogéneas en el fondo, no será extraño que el mes entrante, ya con las fiestas reales, ya con las particulares, tenga tela de largo de contar.

Y tanto mas cierto será esto, cuanto que sucede comunmente con una gran poblacion lo que á un enfermo grave: pasa un día, y otro, y otro sin dar señal alguna ni de alivio ni de gravedad: y de pronto y cuando menos se espera, cádate que empieza á gritar, y á querer levantarse, y á desear los manjares, y á no querer medicarse; síntomas que, ó son precursores de irse á mejor mundo, ó de una completa reaccion hácia la salud.

Madrid este mes, ha estado ni mas ni menos que el citado enfermo; quieto, tranquilo, muerto casi: pues á no ser por los teatros, no sé yo qué hubiera sido de la gente amiga de divertirse.

Porque las noches van siendo eternas, y como eternas, enfadosas.

Y á propósito de teatros.

Ya tendreis noticia de lo alborotada que an-

duvo la gente el año pasado con la Sra. *Penco*, prima donna absoluta del Teatro Real.

Pues bien, como aquí el capricho es ley, y como los dilettantes ó admiradores de la Sra. *Penco*, han asentado no puede haber ya quien la iguale, no estrañareis que la Sra. *Medori* al debutar con tan malos antecedentes, haya hecho un casi semi-fiasco.

En reasumidas cuentas; que no ha gustado.

Y de aquí lo posible, de que concluidas las primeras treinta representaciones, el regio coliseo quede sin abono, y por lo tanto sin medios de subsistencia.

Y siguiendo la serie de las catástrofes, el teatro de la *Zarzuela*, templo un día antes del mas frenético entusiasmo con la *Ristori*: sitio el mas distinguido por la alta sociedad madrileña, se vió obligado, así como amante desairado, á sufrir la mas horrible grita del mundo, en la primera representacion de una zarzuela nueva de Camprodon y Barbieri, titulada el *Relámpago*.

Cuidado que es casualidad llamarse el *Relámpago* una zarzuela que habia de ser precursora de un trueno tan grande, y de una tempestad tan inaudita.

Y es que el tenor se declaró tan antipático desde su presentacion, que el público no pudo menos de significarle por fin tan estraña antipatia.

La zarzuela es bonita: tiene coros bellísimos y una música digna en un todo de la reputacion de Barbieri.

Y añadiendo otro nombre á la lista, he aquí como el *Circo*, el teatro favorito de Madrid, el teatro donde anidan la *Teodora Lamadrid*, *Romea* y *Arjona*, sufrió tambien la noche del veinte y cuatro una tan horrible conmocion, que creí por un momento iba á hundirse el teatro.

Se estrenaba una traduccion del francés titulada *Los Caballeros de la Estrella*.

Y cumplieron su cometido.

Se *estrellaron* por completo.

De modo que el *Relámpago*, precursor de un trueno; y los *Caballeros de la Estrella*, autores de su propio suicidio, han sido dos aconte-

cimientos que harán época en los fastos escénico-dramáticos de la corte.

La cosa no trae malicia que digamos.

Y he aquí mi anterior parábola con el enfermo.

He aquí las primeras convulsiones de la reaccion.

Aunque en verdad, las de este género son siempre deplorables: porque atacando de frente á artistas de reputacion, mas parece que la cultura hiciese significar el desagrado con el silencio, que con modales tan grotescos y rudos; que al fin y al cabo, nunca darán otro resultado, que el hacer afirmar el famoso dicho francés, de que el Africa empieza en los Pirineos.

En Madrid, diria yo, vistos semejantes escándalos.

Para concluir:

Han empezado á usar nuestras elegantes en la cabeza, tanto para el teatro como para la calle, unas redecillas de canutillo negro, tan graciosas y bonitas, que desde luego os las aconsejo, si es que por esas tierras no es ya moda vieja y anticuada, como las mas de las veces sucede con las modas de Madrid.

Y hasta Noviembre, adoradas mias.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

Por los artículos sin firmar y el geroglífico:

LAZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

Solucion del geroglífico anterior.

La vida es larga para ganar: breve para gastar.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

